



Universidad de la República

Licenciatura en Trabajo Social

monografía

Tutora: Doctorando M.^a Noel Míguez

Estudiante: Cecilia Silva

Corrección de estilo: Patricia Pereda

1.º de noviembre de 2014

**"Salud Mental en el contexto
contemporáneo.**

**Un enfoque analítico que retoma lo social
como totalidad histórica que trasciende
los patrones de la medicalización"**



Facultad de Ciencias Sociales



Departamento de Trabajo Social

Montevideo, Marzo de 2007

a Quique, *“puerto de mis tempestades”*

**"Ser radical es atacar el problema de raíz,
y la raíz para el hombre,
es el hombre mismo"**

(Marx, K. y Engels, F., 1985: 589)



"Zoológico del Futuro", de Martín Arregui (1991)

Agradecimientos

Quien realiza este trabajo debió navegar diversos tramos de este gran río que es la vida. Enfrentarse hoy a este producto significa haber vivenciado experiencias muy dispares, a veces contradictorias, muchas muy cerca del naufragio; que en este presente al instante de plasmarlas en la escritura traen consigo la emergencia de sentimientos e imágenes de muchos años de convivencia con los diferentes momentos del aprendizaje; placentero ejercicio que es el *re-cordis*, el volver a pasar por el corazón.

Quedaron atrás los manguitos y el delantal; la túnica y la moña azul; la pollera en tablas y la corbata. Etapas que, simultáneamente, disciplinaban pasiones infantiles, adolescentes, mientras se construían nuevos sueños en el proyecto de ser adulto. La espontaneidad de las peleas por el primer lugar en la fila del tobogán, lentamente, se transformaba en pacientes –y sublevantes– esperas en los distintos espacios de la vida. Sin embargo, crecía también el sentimiento de lucha, de subversión hacia el poder injustificado, la necesidad de expresar lo que se siente. Irremediablemente, la sociedad y sus formas envolvían y moldeaban una niñez y adolescencia que se aferraban a la espontaneidad y el indisciplinamiento; a la vez que se conquistaba autonomía se perdía libertad, en una sociedad normatizada, controlada y jerarquizada. Lo singular, lo colectivo... la dialéctica.

Luego el “vuelo”, la capital, la Universidad, la búsqueda, el pensamiento científico, ¿y la subjetividad? Nuevos cambios, otras normas, otros desafíos. Ya no el mate a la cama porque mamá quedó a doscientos kilómetros del nuevo dormitorio. Aquí la revisión, otro presente, otro proyecto, otros posibles. Aquí la Enfermería, la Literatura, las Ciencias Sociales, y en ellas el Trabajo Social.

En esta trayectoria –y más– encuentran origen los incentivos profesionales y subjetivos, objetivados en este producto monográfico; que más que el fin de una etapa significa otros comienzos, nuevos tramos por navegar. Producto individual, pero también colectivo; que encuentra como parte de un “campo de los posibles” el hacer –y no hacer– de muchos protagonistas; contenido fundamentalmente por afectos, compañeras/os, amigas/os, familia.

En representación de todas/os ellas/os, un profundo *gracias* a: las compañeras del GEDIS por demostrar que en el espacio universitario es realmente posible la horizontalidad, el compartir y el producir colectivo. A Andrea, por muchas

cosas. Muy especialmente a Elsa por su caricia de mamá, su silencio y su contenido, por ser. A José y María por compartir su espacio, su tiempo y uno de sus tres tesoros. Finalmente, a Enrique, afecto imprescindible, lucidez necesaria, para quien no se encuentra mejor expresión que la leída hace ya varios años en un libro de la escritora nicaragüense Gioconda Belli: *“puerto de mis tempestades”*.

Índice

	Páginas
Introducción	6
• Consideraciones previas	11
 <u>Primera parte: El Ser Social</u>	
Capítulo 1. Perspectiva ontológica del proceso de sociabilidad	18
1.1) ¿A qué se llama sociabilidad? Líneas de conceptualización	
1.2) La centralidad de la categoría trabajo	24
Capítulo 2. ¿Sociabilidad o “desociabilidad”? Contradicciones del sistema social capitalista contemporáneo	30
2.1) Complejización de las contradicciones en la sociabilidad capitalista Contemporánea	32
 <u>Segunda parte: Salud Mental y la metamorfosis del ser social en la realidad contemporánea</u>	
Capítulo 3. Salud Mental: líneas de conceptualización	36
Capítulo 4. La sociabilidad capitalista y sus repercusiones en la Salud Mental	47
4.1) El lugar del trabajo en la evolución del ser social contemporáneo ...	51
 Conclusiones	57
 Bibliografía	61

Introducción

La presente monografía se enmarca en la currícula de formación de la Licenciatura en Trabajo Social, requisito final establecido por el programa del Plan de Estudios 1992 para el egreso del nivel de grado, carrera universitaria desarrollada a través del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

El área de investigación comprende a la salud mental como centro analítico. El interés por emprender el estudio desde esta área del conocimiento encuentra raíces en diferentes períodos y momentos de la trayectoria de formación preprofesional. En muchos aspectos responde a una pesquisa académica que es anterior y trasciende a esta licenciatura, profundizándose en ella a través de experiencias concretas: la intervención preprofesional a nivel microsocial (MIP III). Una primera aproximación a través de una pequeña elaboración teórica sobre la ontología del proceso de sociabilidad humana y la categoría trabajo, como requerimiento para la asignatura Seminario Optativo del último semestre de la carrera.

En el último año se comienza a pensar y reflexionar sobre este trabajo monográfico en particular, encontrando en la complejidad y riqueza de la dialéctica del proceso de aprendizaje un espacio de discusión y producción teórica brindado por el Grupo de Estudio sobre Discapacidad (GEDIS), que iluminó los distintos momentos en el “vaivén” de la delimitación del objeto de estudio.

A su vez, se comienza una experiencia de aprendizaje en el Centro de Investigación en Psicoterapia y Rehabilitación Social (CIPRES), a través de la observación y participación en diferentes espacios del Centro, donde el involucramiento con la tarea de la profesional del Trabajo Social en particular y de los demás profesionales de otras disciplinas (psicoanalistas, psiquiatras, psicólogas/os), y los momentos de “convivencia” con algunas de las personas a las que se dirige la atención del Centro, brindaron un aporte inconmensurable.

Esta trayectoria, de movimiento dialéctico en búsqueda del objeto de estudio, necesariamente ha llevado a la elaboración de premisas que vertebran el desarrollo de la monografía; premisas que surgen en la singularidad de esta, pero que indudablemente se nutren de los diversos espacios colectivos de reflexión y debate teórico:

Estudiar la salud mental significa comprender su especificidad (en el contexto contemporáneo a efectos de esta monografía) a través de las determinaciones y mediaciones que la transversalizan como parte de una totalidad histórico-social. De aquí, la necesidad teórico-metodológica de un enfoque social que retome tanto las dimensiones natural y social, así como las dimensiones singular y genérica del ser desde las perspectivas ontológica y existencialista.

El concepto “salud mental”, en esta monografía, hace alusión a todas las condiciones de existencia del ser social, trascendiendo los patrones clasificatorios propios de las ciencias médicas. En este sentido, se procura comprender el “padecimiento” psíquico desde las propias contradicciones de la sociabilidad capitalista contemporánea, como productora de una subjetividad normatizada, controlada y clasificada, según la “adaptabilidad” de los sujetos a las estructuras sociales vigentes.

Parece imprescindible comenzar planteando a las/os lectoras/es estas premisas, en tanto una de las preocupaciones teóricas centrales que subyacen al análisis que se desarrollará refiere a la persistente alusión en ámbitos académicos (ya no solo en la vida cotidiana) al término salud como sinónimo de enfermedad, patología, trastorno; sin plantear con claridad los contenidos conceptuales de tales términos, llegando a productos que más que iluminar resultados que aporten a la superación concreta de las problemáticas de la sociedad, fetichizan aun más su complejidad. Es casi natural la expresión “*trabajo en salud mental*” seguida inmediatamente por la pregunta “¿*con qué patologías mentales?*” o “¿*con qué tipos de pacientes?*”, sin dar cabida a pensar que tal vez se trate de un trabajo de potencialización o prevención, por ejemplo, y más que “pacientes” las personas que participan de esa cotidianeidad sean “activos”.

A partir de aquí se emprende un trabajo monográfico de corte ensayístico, incorporando como mediaciones analíticas las categorías *sociabilidad* y *trabajo* desde un enfoque ontológico, tendiendo a una redimensionalidad histórica – contemporánea– y totalizadora. Se pretende hacer un ejercicio intelectual, teórico-analítico, como práctica para desnaturalizar el significado otorgado hegemónicamente a la expresión salud mental, planteándolo desde las potencialidades de superación y transformación de las condiciones de existencia del ser singular y colectivo. La propuesta es superar el sentido común, desenmarañar los prejuicios y estereotipos dominantes sobre un tema, principalmente aquellos naturalizados en el propio saber científico, que se constituyen en verdaderos obstáculos epistemológicos.

De esta forma, el incentivo intelectual y metodológico es trascender los arraigados esquemas medicalizadores del pensamiento en el que todo se encasilla y se analiza como oposición lineal: “sano”-“enfermo”, “normal”-“anormal”; fetichizando la complejidad dialéctica de estos y focalizándose en una simplicidad en la que a la ausencia de uno se le otorga la presencia del otro. Se cree necesario este esfuerzo, ya que no existe ingenuidad en la definición de conceptos. Hegemónicamente los patrones de sociabilidad contenidos en la medicalización del pensar, sentir y hacer sustentan, aun contemporáneamente, un sistema de poder normalizante y excluyente, definiendo de antemano dónde estarán unos y dónde otros, según el lugar o casillero en el que les “ha tocado” jugar en el entramado social.

La opción teórico-metodológica es un abordaje dialéctico de la realidad a través del método regresivo-progresivo formulado y propuesto por Jean-Paul Sartre (1970). La “razón dialéctica” es para Sartre la premisa esencial de la cual hay que partir en el conocimiento de la realidad. Avanza en la elaboración del método, proponiendo trascender el punto de partida, el marxismo, incorporando el existencialismo; dando cuenta, sustancialmente, de la necesidad teórico-metodológica de evidenciar la realidad concreta a través de una perspectiva dialéctica que tienda a profundizar en la comprensión de las particularidades de cada momento y contexto históricos.

Pues bien, “existenciar” lo dialéctico significa para Sartre concretarlo, palparlo, en cuanto realidad concreta, otorgando a los sujetos su protagonismo singular y

colectivo en la producción del propio devenir. A través del método existencialista se retroalimenta la dialéctica, en el vaivén regresivo-progresivo.

Nuestro método es heurístico, nos enseña de nuevo porque es regresivo y progresivo a la vez. (...) Su primer cuidado, como el marxista, es colocar al hombre en su marco. Pedimos a la historia general que nos restituya las estructuras de la sociedad contemporánea, sus conflictos, sus contradicciones profundas y el movimiento de conjunto que estas determinan. (...) Estos hechos parecen concretos porque los conocemos en detalle, pero les falta la realidad, porque aún no podemos unirlos al movimiento totalizador. (...) El método existencialista (...) no tendrá más remedio que el 'vaivén'... (Sartre, 1970: 107-108).

El método existencialista incorpora a las categorías marxistas universales (economía, clase social, por ejemplo) la dimensión subjetiva de la realidad, dada ella por la singularidad de los individuos que la producen (particular y colectivamente). De esta forma, Sartre logra una concreción metodológica que rompe con la abstracción de categorías que, según su análisis, no llegan a desentramar, a palpar el objeto. La “*exigencia totalizadora*” implica que el individuo se vuelva a encontrar “*totalmente entero*” en todas sus manifestaciones, es decir, en su dimensión genérica (Sartre, 1970: 111).

Esta línea metodológica parece fundamental en la pretensión de trascender los análisis medicalistas en el abordaje de la salud mental, en la procura de comprender la complejidad del objeto. Este método es realmente un incentivo intelectual que invita a un movimiento creador a que deleve la realidad dada; objetivándose también el investigador como verdadero protagonista en el proceso de conocimiento y comprensión.

La verdad es que se trata de inventar un movimiento, de volverlo a crear pero la hipótesis es inmediatamente verificable: solo puede ser válido el que realice en un movimiento creador la unidad transversal de todas las estructuras heterogéneas (Sartre; 1970: 117).

En este sentido, se presenta a las/os lectora/es una lógica expositiva que procura dar cuenta de este movimiento, del vaivén analítico en la delimitación del objeto. Se desarrolla una *primera parte*, la cual consta de dos capítulos donde se retoma el enfoque ontológico de análisis del *Ser Social*, a través de las categorías

sociabilidad y trabajo. El eje central de estos capítulos es un movimiento regresivo en la comprensión ontológica del ser social; para luego progresar en el estudio de las condiciones contemporáneas de existencia. La *segunda parte* de la monografía profundiza en la delimitación del objeto, siguiendo la coherencia metodológica, a través de un movimiento regresivo, en el que se incorporan desde la perspectiva existencialista los diferentes elementos que constituyen el concepto de salud mental. Progresando luego hacia el estudio de las condiciones contemporáneas de la salud mental en un ejercicio de retotalización respecto a los cambios o “metamorfosis” del ser social en el contexto actual.¹

Finalmente, se presentan, en forma de conclusión, las primeras aproximaciones al conocimiento y comprensión del objeto. “Primeras aproximaciones”, pues se plantea un proceso abierto a nuevos vaivenes en la profundización del conocimiento de la realidad social.

¹ Se creen necesarias aquí ciertas precisiones respecto a las bases teóricas desde las cuales toma fundamento analítico esta monografía. En la primera parte, se presentan en la mediación hacia el objeto de estudio las categorías *sociabilidad y trabajo* desde la perspectiva ontológica, tomando como referencia los aportes de Geórges Lukács. Mientras que en el desarrollo de la segunda parte son iluminadores los aportes de Jean-Paul Sartre. Se deja constancia del conocimiento de las grandes discrepancias planteadas por el propio Sartre al marxismo clásico, sobre todo de sus críticas a algunas de las formulaciones de su contemporáneo Lukács. Estas críticas radican principalmente en las argumentaciones de Sartre sobre el “estancamiento” del marxismo en las categorías universales sin incorporar a la realidad los hechos concretos de un espacio y tiempo determinados. En pos de resolver este meollo, incorpora al pensamiento marxista el existencialismo. Este aporte de Sartre se cree esencial para el tema de estudio –la salud mental en el contexto contemporáneo– en tanto contiene categorías de dimensión objetiva, de rango universal, como la economía y la política, además de categorías de dimensión subjetiva, como las formas de ser, sentir y pensar en el devenir histórico de los diferentes colectivos sociales, y los sujetos que los componen, en particular. De aquí que no se encuentra incoherencia teórica ni metodológica al incorporar las elaboraciones de ambos autores. En cuanto se ha propuesto, ya desde el título de la monografía, estudiar la salud mental como parte de una totalidad histórica, mediada por categorías como trabajo y sociabilidad, aquí se cree está el punto de encuentro y avance entre ambas posturas –la ontología y el existencialismo–. Si bien el riesgo epistemológico está presente por la propia inexperiencia de quien realiza el ensayo, se considera necesaria e incentivadora en la búsqueda de conocer y comprender la realidad. Al decir del propio Sartre: “... se trata de una superación enriquecedora (...) El sentido de la comprensión es simultáneamente progresivo (hacia el resultado objetivo) y regresivo (me elevo hacia la condición original)” (Sartre, 1970: 120-121).

- **Consideraciones previas**

Parece fundamental realizar un mapeo respecto al momento histórico en el que se desarrolla este proceso de acercamiento y comprensión de la realidad, que incorpore las diferentes facetas del escenario contemporáneo; piénsese en el ámbito social, económico, político y cultural (con especial hincapié en las expresiones de la ciencia a los efectos de este trabajo).

En primer lugar, como se ha manifestado ya, las/os lectoras/es encontrarán, desde los inicios de esta elaboración teórica, una lógica expositiva del proceso de deconstrucción del objeto que se busca comprender, que retoma una perspectiva *ontológica* de análisis. Esta elección teórico-analítica de la realidad no es ingenua, significa tomar una postura frente a ese proceso de deconstrucción. Es que da cuenta de fuertes cambios, quiebres, virajes que se suceden desde hace ya más de cincuenta años, fundamentalmente en esta parte del mundo conocida como Occidente. Este escenario de constante eclosión ha llevado a debates muy vigentes aún sobre el momento histórico por el que se transita, el debate modernidad-posmodernidad.

No es cometido de esta monografía retomar dicho debate, tampoco realizar un desarrollo descriptivo de cada concepto. Sin embargo, sí se cree necesario presentar cierto encuadre desde el cual se toma posición para el desarrollo de los capítulos siguientes.

La cuestión sobre la que discuten quienes se autodefinen como modernos o posmodernos gira sobre la vigencia del programa de la modernidad. Iniciado el debate a través de la publicación que realizara Jean-François Lyotard (1989) de su tesis sobre las condiciones contemporáneas de producción del conocimiento, enunciando el agotamiento de la modernidad y la vivencia de un tránsito hacia otra era, la era posmoderna, que acuña este concepto. Las formulaciones de Lyotard tienen eco en el inicio de un proceso de revisión del momento histórico por el que se transita, desde el lugar de diversas disciplinas científicas, originando una sustanciosa producción científica de análisis de los acontecimientos contemporáneos, en busca de referenciales concretos que sostengan las diferentes tesis que comenzaron a construirse. Su opuesto contemporáneo más evidente es

Jürgen Habermas (1993), quien defiende la vigencia del proyecto de la modernidad. Reconociendo sus falencias, propone una revisión desde los propios presupuestos del proyecto. Otros sujetos del ámbito académico, como Anthony Giddens (1993), Frederic Jameson (1992), David Harvy, comienzan a pronunciarse desde diferentes esferas de la ciencia, incorporando al debate diversas visiones desde la sociología, la arquitectura, la geografía, correspondientemente, etc. (Netto, 1996).

Pero, en definitiva, ¿desde dónde se posiciona el abordaje analítico que se expone en esta aproximación ensayística?

En primer lugar, se entiende a la modernidad, en acuerdo con los aportes de Jose Paulo Netto (1966), enmarcada en un proceso, en un proyecto aun más amplio, un proyecto de *características transhistóricas*, el *proyecto iluminista*, vinculado a la idea del conocimiento, del rompimiento de la oscuridad y la reivindicación de la razón, en búsqueda de la autonomía del hombre, racionalizando las relaciones con la naturaleza. La modernidad constituye una *concepción de la sociedad* que promueve un proyecto sociocultural hegemónico, que se afianza en el siglo XVIII; con una clase burguesa embanderada con la construcción de un mundo que admita su constitución y desarrollo pleno.

El siguiente análisis que realiza Netto parece clarificador de lo que se pretende transmitir:

... lo que se hace en el siglo XVIII está muy vinculado a otro proyecto de muy larga duración histórica, un proyecto que nosotros podemos llamar transhistórico, no ahistórico, no suprahistórico, pero transhistórico, o sea que viene saturando, penetrando y transcurriendo distintas formaciones sociales que es un proyecto que nace en la Grecia clásica, es el proyecto que supone que el objetivo de los hombres debe ser la autonomía individual. (...) la autonomía, el contrario de heteronomía, supone que nosotros nos dirigimos. (...) Esto podemos llamarlo proyecto iluminista. (...) en el siglo XVIII este proyecto toma una forma particular, una forma determinada por las contradicciones socio-políticas y político-económicas de la época, que es precisamente la construcción del mundo burgués (Netto, 1996: 9-10).

En este sentido, desde una *perspectiva dialéctica* de comprensión de la realidad,² en la identificación de elementos que constituyen el propio devenir de este proyecto de organización y funcionamiento social –el proyecto iluminista–, podrá pensarse en tiempos contemporáneos, más que en el fin del proyecto moderno y el comienzo de algo que se supone “radicalmente” distinto, en la constitución contradictoria y transhistórica del proyecto iluminista. Como construcción a largo plazo, en tanto proceso que deviene de sus propias contradicciones, la modernidad, en el marco del iluminismo, constituye formas de expresión con un fuerte contenido de contradicción, que se torna simultáneamente necesario para su mantenimiento, superación y transformación. Esto hace al propio devenir de la sociabilidad humana y su relacionamiento con el mundo natural.³

De aquí entonces que, teniendo en cuenta el espacio social, político y económico del orden burgués como el escenario que ha dado cabida a la afirmación y profundización del proyecto de la modernidad, un análisis sobre su vigencia, mutación o agotamiento, debe tomar como categoría fundamental la relación social primaria en este orden, la relación dada por el capital.

Continuando el pensamiento de Netto:

Las ideas no operan por arriba de las relaciones concretas de los hombres, lo que falta en toda discusión del agotamiento (...) de la modernidad, lo que falta decir es que la modernidad se ha desarrollado en el espacio socio-político del orden burgués. El único personaje que no comparece en las polémicas de los posmodernos es el

² Desde la matriz hegeliana de comprensión de la realidad, la perspectiva dialéctica de conocimiento y comprensión remite a la consideración de la realidad en tanto se produce a través de procesos donde la negación de los contrarios permite un momento de superación o síntesis. Desde esta base es que parte en la aproximación analítica. Sin embargo, parece interesante reconocer la existencia de otras líneas de conceptualización de la dialéctica (si bien no son por las que aquí se toma postura); como la que propone José Luis Rebellato (2000: 37) desde el paradigma de la complejidad: “Desde la perspectiva de la complejidad se introduce un nuevo concepto que es el de **bifurcación**. Los procesos llegan a puntos cruciales a partir de los cuales se bifurcan. Son procesos que abren más que procesos que cierran y sintetizan. En tal sentido podría hablarse de una dialéctica abierta y no tanto de una síntesis dialéctica”.

³ Se toman como base analítica aquí los aportes realizados por Georg Hegel (1968) a la teoría social. El concepto de devenir da cuenta del propio proceso de evolución y sus momentos, esto es, el nacer y el perecer. Es decir, en tanto constituyentes de una unidad, estos opuestos se contienen y superan, transformado la realidad y dando lugar a lo nuevo, al cambio. En ese mismo proceso la génesis de lo nuevo provoca convulsiones en el presente que resultan en transformación desde el movimiento dado por la lucha entre opuestos.

ciudadano llamado Sr. Capital. No es que la razón tenga necesariamente un componente opresor, la razón puede convertirse en razón opresiva, en razón por sí sola no es necesariamente ni instrumental, ni emancipadora (1996: 9-10).

En este sentido, se identifican contemporáneamente con el cambio del patrón de producción,⁴ por un patrón flexible –neofordismo, neotaylorismo, toyotismo (Antunes, 1995)–, las contradicciones más profundas de la modernidad.

Podría decirse, retomando el análisis de Netto, que la materialización de las propuestas presentes en el proyecto de la modernidad y sus contradicciones están dadas por el escenario donde se desarrolla y no por sí mismas, las ideas sin más no cambian la sociedad si no obtienen fuerza material. Según los dispositivos que se utilicen para materializar el uso de la razón será cómo esta medie en el proceso de constitución de la sociedad.⁵

El cambio del patrón de producción a lo largo de diferentes momentos de la historia parece ser el punto de análisis de la adaptabilidad del sistema a su propio proyecto. Podría pensarse que lo que está agotado es el sistema de ordenamiento burgués de la sociedad y no la modernidad en sí misma, sino su forma de expresión actual, su materialización a través del sistema capitalista en su fase más contemporánea, vale decir *neoliberal*. Esto hace a las propias contradicciones del proyecto, los momentos de revisión parecen inherentes a la naturaleza de la humanidad si se tienen en cuenta las diferentes etapas de su evolución.

El capitalismo contemporáneo, entonces, se evidencia como el punto clave a tener en cuenta en el desarrollo del tipo de sociedad que conocemos. Esto implica un reposicionamiento en las formas de sociabilidad, mediadas por el capital como relación social hegemónica.

⁴ La referencia a los cambios y condiciones contemporáneos que atraviesa la modernidad pretende dar cuenta básicamente del viraje que desde el sistema capitalista (capitalismo contemporáneo) como sistema de sociabilidad se ha producido a mediados de los 70 y principios de los 80, a partir del cambio de patrón de producción material de la sociedad y con ello también de las formas de relaciones sociales que han devenido (Antunes, 1995 y 2005).

⁵ De acuerdo a la matriz hegeliana, el concepto de mediación refiere al pasaje de una/s cualidad/es a otra/s, es decir, a los factores que están presentes en la superación y transformación de cualidades de la realidad particular y colectiva.

De acuerdo con algunos elementos contenidos en el análisis que realizara Alain Bihr en uno de sus trabajos, el sistema de sociabilidad capitalista en tiempos contemporáneos, en:

La reproducción de esa relación social, que es el capital, exige que todas las relaciones sociales (y no más solamente las relaciones de producción) sean sometidas a la 'lógica' de la equivalencia de intercambio mercantil. Ese resultado es obtenido por la manifestación de una serie de formas: abstracciones sociales del mismo orden que el valor. Entre estas, se debe incluir la centralidad urbana, por medio de la cual se organiza el espacio-tiempo social de la acumulación del capital; el derecho (...) codificando el conjunto de las relaciones sociales entre 'sujetos' (individuos y grupos) de acuerdo con una 'lógica' de reciprocidad; el espectáculo, forma tomada por la comunicación simbólica en los medios de comunicación de masa; en fin, la racionalidad instrumental. (...) Semejante apropiación es un proceso fundamentalmente contradictorio, que tropieza con límites esenciales y que da origen a crisis y conflictos (Bihr, 2001: 54-55).

Se identifican como pares dialécticos, en la constitución de ese proceso de la sociabilidad capitalista, *la heteronomía y la autonomía*,⁶ opuestos complementarios propios también de la modernidad. La autonomía desde las formas de relaciones sociales capitalistas se evoca en la conquista y fomento del individualismo (no ya del individuo sino de su egocentrismo como expresión narcisista de la sociedad capitalista), del poder de ocupar lugares de "privilegio" en el entramado social, a través de la competencia (cuasi lucha) en desigualdad de condiciones. Mientras, contradictoriamente, estas formas y prácticas sociales son dirigidas por una ética de la heteronomía, ética de sometimiento del individuo a pautas de comportamiento y funcionamiento externas a él, institucionalizadas por el sistema desde sus diferentes esferas (el Estado, el derecho, la educación, el empleo, etc.), donde se cosifica el

⁶ Son interesantes los aportes que realiza José Luis Rebellato (2000: 63-64) en uno de sus trabajos: "Referimos a una ética de la autonomía, supone necesariamente contraponerla a la reproducción de los valores éticos vigentes, es decir a una ética de la heteronomía. En el centro de ambas está la cuestión de cómo pensamos, vivimos y ejercemos el poder y la autoridad. Poder para gestar poderes, o poder-dominación. Una ética heterónoma da lugar a una ética autoritaria, es decir a una ética donde el valor fundamental es aquel definido por la autoridad. Esta, a su vez, es pensada y aceptada en términos de dominación y dependencia. Se trata de una ética que, aun en nombre de la libertad, ahoga las posibilidades de crecimiento de la libertad". Por otra parte, junto a Giménez (1997: 37), agrega: "Autonomía no significa independencia total, sino protagonismo, constitución de sujetos, en dependencia con el entorno y el mundo. A la vez la autonomía no puede pensarse como una situación en soledad, sino como condición humana necesariamente intersubjetiva".

sujeto y se enajena su hacer y sus productos. La sociabilidad capitalista se torna en freno y amarramiento de las posibilidades concretas y potenciales de superación y transformación del individuo.

Resultan clarificadores los aportes de Bihr:

La apropiación de la praxis social por el capital tiende, así, a transformar a la inmensa mayoría de los hombres en simples ejecutantes de prácticas cuyos pormenores se tornan oscuros u opacos para su conciencia. (...) la apropiación de la praxis social tiende a extenderse a toda la vida social, agravando la **contradicción entre heteronomía y autonomía**, entre privación e involucramiento, que es inherente a su momento central: la apropiación capitalista del proceso de trabajo (Bihr, 2001: 58).

En este marco aparece la categoría *trabajo*, desde la perspectiva ontológica, como elemento base en el devenir del ser social. En el capitalismo contemporáneo, el trabajo toma forma y expresión hegemónica a través del empleo; sin embargo, se pretende rescatar en este estudio la condición ontológica y su centralidad, aun en tiempos modernos contemporáneos, en la constitución del proceso de sociabilidad y su determinación en los cambios producidos en este: el trabajo como “protoforma” del ser social. Esto en la medida en que el ser logra objetivarse, reconocerse capaz de desarrollar actividad transformadora e identificarse con ese producto que incorpora a la realidad colectiva, genérica. Se desenvuelve una evolución tendiente a la constitución plena de las capacidades del ser social, lo que habilita a proyectar la construcción de una sociabilidad emancipadora (Lukács, 2004).

De aquí que se opte por la categoría trabajo como otra de las mediaciones analíticas en el estudio del tema propuesto: *Salud Mental en el contexto contemporáneo*. A través de la salud mental, se puede dar cuenta de ciertas determinaciones presentes en los procesos de sociabilidad del individuo con el medio y sus pares, generando en este relacionamiento condiciones de existencia que hacen al devenir histórico en sus dimensiones singular y genérica.

Las condiciones contemporáneas de existencia del ser social han enajenado de tal manera sus potencialidades y autonomía, que diferentes “alteraciones” subjetivas respecto a los parámetros hegemónicos de relacionamiento normalizado

son reflejadas en el vínculo del individuo con la realidad en su totalidad (natural y social). Las variaciones subjetivas por las que transcurre el ser, individual y colectivamente, parecen ser tan contradictorias como el sistema mismo que las determina –sistema capitalista de ordenamiento y funcionamiento de la sociedad–, tal como el propio proyecto de la modernidad donde se enmarcan.

Cabe pensar, entonces, a la salud mental como uno de los ejes por el que se puede emprender el abordaje de la realidad social, en tanto totalidad social existente pero inabarcable. Considerar la salud mental en el escenario contemporáneo de la modernidad lleva a proponerse una perspectiva dialéctica de comprensión y análisis inminente; ir a la pesquisa de las contradicciones presentes y latentes como forma de deconstruir la realidad dada, aparente, en la aproximación tendencial al meollo.

Capítulo 1

Perspectiva ontológica del proceso de sociabilidad

En esta primera etapa se pretende abordar una de las dimensiones básicas en las que está comprendida la salud mental: el proceso de sociabilidad. Esto, entendiendo que es en la arena social donde se produce el entretrejo de relaciones que involucran el complejo de lo colectivo y lo singular; donde el ser, el sujeto íntegro se constituye como tal, es decir, interactuando con el medio y sus pares. De tal forma, este movimiento analítico pretende mantener la coherencia en el desarrollo de una perspectiva ontológica, retomada aquí a través de las categorías sociabilidad y trabajo, en la comprensión de la salud mental y sus condiciones contemporáneas.

En este sentido es que se organiza la exposición del capítulo. En primer lugar, se presentan los lineamientos principales desde los cuales se comprende y problematiza el proceso de sociabilidad, tanto desde su dimensión ontológica, como del contexto social, económico y político contemporáneo en el que se desarrolla. En segundo lugar, se plantea el mismo enfoque analítico respecto a la categoría trabajo, haciendo hincapié en la vigencia de su centralidad en el devenir del ser social contemporáneo.

1.1) ¿A qué se llama sociabilidad? Líneas de conceptualización

En primera instancia, con el término sociabilidad se pretende hacer referencia, a efectos de esta monografía, al entramado de relaciones producidas por los sujetos entre sí y con el medio, a través de las distintas estructuras y pautas por las que se rige la sociedad a la que pertenecen. Puesto que se considera que el proceso de sociabilidad es determinado por el orden social que lo rige, en la mediación dada por las pautas, valores y normas de comportamiento que componen y sostienen ese orden.

Es interesante el aporte que realizan Boudon y Bourricaud (1990: 600) a través del “*paradigma de la interacción*”. En él proponen el análisis de la sociabilidad como un proceso dialéctico, en el que cada adversidad conduce a un movimiento de “ida y vuelta” que se supera por la experiencia anterior asimilada, conduciendo a una optimización de los esfuerzos de los sujetos por transformar sus condiciones de vida presentes.

Se destaca, del aporte de los autores, la noción de *proceso* en la conceptualización de sociabilidad. Es decir, la sociabilidad del ser no se proyecta en un acto o momento preciso, sino que se vivencia en su trayectoria de vida colectiva e individual; trayectoria que no se concibe lineal ni estática, sino dinámica, cambiante y principalmente en movimiento superador y transformador de sí misma, y en permanente intercambio con la naturaleza.

En este sentido, el proceso de sociabilidad se produce en la medida que el ser se vincula y transforma, superando sus condiciones de vida, en un movimiento dialéctico. El ser en su devenir se constituye esencialmente en un ser social, ya que su propia conciencia es un producto social:

El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los demás hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace como la conciencia, de la necesidad, de los apremios del intercambio con los demás hombres. Donde existe una relación, existe para mí, pues el animal no se “**comporta**” ante nada ni, en general, podemos decir que tenga “**comportamiento**” alguno. (...) La conciencia, por tanto, es ya de antemano un producto social, y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos. La conciencia es, ante todo, naturalmente, conciencia del mundo **inmediato** y sensible que nos rodea y conciencia de los nexos limitados con otras personas y cosas, fuera del individuo consciente de sí mismo; y es al mismo tiempo, conciencia de la naturaleza, que al principio se enfrenta al hombre como un poder absolutamente extraño, omnipotente e inexpugnable, ante el que los hombres se comportan de un modo puramente animal y que los amedrenta como al ganado; es, por tanto, una conciencia puramente animal de la naturaleza (religión natural) (...) Y, de otra parte, la conciencia de la necesidad de entablar relaciones con los individuos circundantes es el comienzo de la conciencia de que el hombre vive, en general, dentro de una sociedad... (Marx y Engels, 1985: 31).

Esto es, el proceso de producción del ser social no es dado naturalmente, sino que se produce en el propio devenir del ser. El ser en sí y en colectivo construye a través de diversas mediaciones sus formas de ser, pensar y hacer; esta cualidad no es otorgada de forma natural sino que esencialmente es una construcción y una trayectoria histórica de producción, superación y transformación. Con mayor claridad, por supuesto, lo analiza el propio Karl Marx en su tesis n.º VI sobre Feuerbach:

... la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales (1985: 667).

Este devenir, este nacer y perecer inevitables, constantes, no solo implican el desenvolvimiento de relaciones entre los sujetos, sino que además implican un vínculo de manipulación con la naturaleza. De alguna forma, significan un proceso de socialización del medio natural; ya no solo de la dimensión biológica del propio ser. En palabras de Lukács:

[El hombre] (...) en cuanto ser biológico, es un producto de la evolución natural. Con su autorrealización, que, naturalmente, también en él mismo puede significar un retroceso de los límites naturales, pero nunca la desaparición, la plena superación de los límites, el hombre ingresa en un ser nuevo y por él mismo fundado: el ser social (2004: 102).

Desde estos argumentos se trasluce la necesaria consideración, en la pretensión de un estudio ontológico, del ser social en cuanto complejo de factores, determinaciones y mediaciones que hacen a su devenir en el transcurso de sus diferentes estadios. De aquí la importancia de visualizarlo como parte de un todo, no solo representado sino en su totalidad concreta, en la que confluyen y atraviesan las diferentes categorías que lo “explican”, tales como el trabajo, el lenguaje, la cooperación y la división del trabajo (Lukács; 2004).⁷

⁷ Estas abstracciones analíticas, a través de las cuales más que explicar se intenta comprender la realidad concreta, deben ser entendidas en movimiento de retotalización, donde cada una es atravesada por las otras, siendo a su vez, en sí mismas y en su conjunto, producto y productoras de nuevos elementos de comprensión. “Ninguna categoría puede ser comprendida adecuadamente si se la considera de forma aislada; piénsese, por ejemplo, en la fetichización de la técnica que ha sido ‘descubierta’ por el positivismo, que influyó hondamente en ciertos marxistas...” (Lukács, 2004: 55).

Ahora bien, el centro de interés de esta monografía, como se ha explicitado ya, está en la comprensión de la salud mental en las condiciones contemporáneas, retomando para ello la ontología de estos procesos en cuanto productores del ser social –en esta primera parte en particular–, lo que lleva a pensar en las características principales de este proceso de sociabilidad atravesado por las determinaciones del sistema capitalista actual, entendido este como un sistema fundamentalmente social, con sus facetas política, ideológica, económica y cultural.

El sistema capitalista ha desarrollado su propia estructura “sociabilizadora”, en la que puede identificarse la estatización de un proceso de medicalización de la sociedad y el desarrollo de dispositivos de disciplinamiento de la “masa social”.⁸ De aquí que la salud mental, interrogada por la exteriorización de la subjetividad de los sujetos a través de su comportamiento en los diversos espacios sociales, no escapa a los parámetros sociabilizadores del sistema capitalista. Con raíces sentadas en el propio proyecto moderno, este sistema social evalúa comportamientos desde patrones de normalización y clasificación estandarizados y hegemónicos. El control y la represión social (simbólicos y concretos) de lo que se les presenta como “anormal”, de lo que perturba, aparecen como mecanismos de preservación de su orden.

El concepto de “Hombre”, el de “Locura” y el de “Razón” han sido construidos durante la modernidad. La constitución de estos conceptos se ha hecho a partir de ciertos dispositivos: la cárcel y el manicomio entre otros. Esto supone que el concepto de locura no alude a una esencia en sí, de carácter omnitemporal, y que la psiquiatría habría descubierto en las celdas del Hospital General en el Siglo XVIII, sino que por el contrario, es una construcción social. Lo mismo cabe apuntar respecto de la moderna conceptualización de Razón y su articulación de esencia con

⁸ El concepto de *dispositivo* al que se hace referencia a lo largo de la monografía incorpora el sentido foucaultiano de este. En palabras del propio autor, la idea de “dispositivo” alude a “(un) conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos. (...) El dispositivo tiene pues, una posición estratégica dominante. Esta pudo ser, por ejemplo, la reabsorción de una masa de población flotante que a una sociedad con economía de tipo mercantilista le resultaba embarazosa: hubo ahí un imperativo estratégico, jugando como matriz de un dispositivo que se fue convirtiendo poco a poco en el mecanismo de control-sujeción de la locura, de la enfermedad mental, de la neurosis” (Foucault *apud* Murillo, 1997: 79-80).

la idea de Humanidad. (...) estos conceptos han cumplido y cumplen funciones de demarcación social. Esto es, no solo aparecen como constituidos socialmente, sino como constituyentes de lo social, en tanto tienden a establecer líneas divisorias al interior de la estructura social (Murillo, 1996: 161).

En este sentido, se sociabilizan pautas de valoración de conductas, en las que lo “diferente” es puesto bajo una mirada de contraposición lineal: “sano”-“enfermo”, “cuerdo”-“loco”, “normal”-“anormal”. Desde parámetros medicalizadores,⁹ tanto el sentido común en el desarrollo de la cotidianeidad de los sujetos, como la propia ciencia, son transversalizados por una sociabilidad que focaliza el origen de las “alteraciones” en el sujeto, sin girar la mirada hacia el propio sistema. Las interrogantes que surgen son: ¿dónde está la “alteración”?, ¿en sujetos que exteriorizan comportamientos propios de una trayectoria de interiorización de lo genérico (Sartre, 1970) que no corresponde a la normalidad preestablecida, o en un sistema social (lo que incumbe a las dimensiones política, ideológica, cultural, económica) que retroalimenta sus propias contradicciones en alteraciones a las condiciones de existencia de los sujetos?

Entonces, la elucidación de la pregunta que titula a este capítulo “¿A qué se llama sociabilidad?” ha sido encaminada ya desde la consideración de esta como proceso, pero ¿a qué refiere la sociabilidad en el contexto contemporáneo? Irremediablemente, es preciso remitirse a los códigos capitalistas de relacionamiento entre los sujetos y el medio. En este sentido, se podrá afirmar que existe una *sociabilidad capitalista*, producto del propio devenir del sujeto y las formas de relacionamiento con la sociedad en su totalidad. Algunos autores llaman a esta fase del proceso de sociabilidad como “proyecto de sociabilidad neoliberal” (Merklen, 1999; Bihl, 2001 y Neves, 2005).

Esta denominación, propuesta para el momento histórico que vivencia la sociabilidad humana, lleva a pensar y considerar una sociabilidad regida por el orden

⁹ Con el término medicalización se hace referencia al fenómeno de “(...) creciente intervención de la medicina (Illich, 1987) y del Estado (Foucault, 1977) en diversas áreas de la vida humana. La medicalización implica la ampliación ideológica y técnica de los parámetros dentro de los cuales se codifican, en términos de salud y de enfermedad (Méndez, 1985), problemas que en otro momento exhibían un mayor grado de externalidad respecto a las prácticas médico-sanitarias” (Mitjavila y Etcheveste *apud* Acosta, 2001: 104, pie pág. 99).

económico capitalista en sus diferentes fases, en tanto comprende un modelo de organización y funcionamiento de la sociedad en todos sus planos (ideológico, económico, político, social y cultural), que tiene su pilar en la implementación y expansión de un *orden social y económico* desde la mercantilización de la vida social (Neves, 2005: 23).

Este fenómeno, la mercantilización de la vida, no emerge de sí mismo, sino que es efecto de una trayectoria histórica programada para su surgimiento. Como se ha afirmado en párrafos anteriores, existió, y aún existe, un disciplinamiento social para el desarrollo de una sociabilidad capitalista, que adapta sus formas, mecanismos y dispositivos a cada período y momento histórico, incorporándose a la propia dinámica social. Se reconoce en la cultura occidental, y en la del Uruguay en particular, un claro período de tal proceso, identificado por autores como José Pedro Barrán (2004), entre los años 1860 y 1920, con el advenimiento de un nuevo régimen sociabilizador: el capitalismo.¹⁰

La sociabilidad cobra nueva forma en el embanderamiento de la burguesía como protagonista en la implementación del nuevo orden social. La evocación e institucionalización de normas sociales y valores morales como el ahorro, la salud, la higiene, el orden y el trabajo (Barrán, 2004: 37-51), a través de dispositivos básicos como la escuela y los establecimientos hospitalarios, serán los comienzos en la afirmación y reproducción del orden social capitalista.

Una nueva sociabilidad, además, que encuentra como eje central a la propiedad privada en su espectro más amplio, vale decir, no solo en cuanto a la producción material desde la cual se pone en funcionamiento el desarrollo de la vida social a través del intercambio mercantil, sino además, y esencialmente, la propiedad privada de la vida de algunos sujetos respecto de otros.

En este sentido, Michel Foucault (1991), en su exhaustivo trabajo analítico referido a este tópico, señala cómo la aparición de los “modernos” dispositivos disciplinarios destaca la modificación de las relaciones sociales entre los individuos;

¹⁰ Recuérdese que este proceso de implantación de una nueva sociabilidad encuentra auge y respaldo en un contexto político y social local en particular, dado por el régimen militar instaurado ya a comienzos de 1870.

ejemplo claro lo son las relaciones patriarcales (siglo XVIII, comienzos del proceso de disciplinamiento) en las que se le otorga y legitima el derecho al padre de familia sobre la vida y muerte de sus hijos, mujer, esclavos y otros individuos bajo su “guarda”, con la clara finalidad de operativizar el rol de la familia como célula clave en la producción, reproducción y mantenimiento del orden necesario para el sustento del sistema capitalista de organización y funcionamiento social (Vincent, 2001: 65).

Por su parte, en el tiempo y espacio históricos que atañen a esta monografía –el sistema capitalista contemporáneo– se identifica una sociabilidad que encuentra otros códigos en su fetiche: la homogeneización de estilos de vida; tras un modelo ideado por el capital y sus términos de mercantilización de absolutamente todas las esferas de la vida. En lo superfluo se promociona la razón instrumental, desdibujando la diversidad del ser, el sentir y el pensar, y principalmente el proyectarse en las distintas alternativas del desarrollo de los sujetos y con ello del colectivo social (Bühr, 2001). La sociabilidad capitalista contemporánea encuentra su definición básicamente en los conceptos de propiedad privada, enajenación de la subjetividad singular y colectiva en un fenómeno de homogeneización que excluye y reprime la diversidad. En la complejidad de este fenómeno, sin embargo, se destaca lo diferente en la evocación del individualismo y desconocimiento del otro, solapando el propio patrón de homogeneidad que sustenta.

1.2) La centralidad de la categoría trabajo. Conceptualización ontológica

La sociabilidad humana, entendida bajo las líneas conceptuales reseñadas anteriormente, como proceso de interacción, relacionamiento, evolución del ser respecto a su medio y a sí mismo, desde un análisis ontológico, encuentra como mediación primaria al trabajo, dado que este se identifica como actividad fundamentalmente vinculante del ser y la naturaleza. Vale decir, el trabajo es el medio a través del cual el ser deviene y se desarrolla en su dimensión social; el trabajo como protoforma del ser social.

Se toma como base analítica la conceptualización que realizara Marx sobre el trabajo en su dimensión ontológica:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza (1987: 215-216).

En este sentido, el trabajo se analiza en un movimiento múltiple y simultáneo, en cuanto actividad que media entre el ser y la naturaleza (dimensión natural) y, por otra parte, entre el ser y sus pares (dimensión social). Así entendido, el trabajo cobra dimensionalidad singular y colectiva en la medida que media en el desenvolvimiento propio de cada sujeto así como en el de los distintos colectivos sociales. Como actividad de relacionamiento, manipulación y producción, da origen a transformaciones simultáneas de reproducción de sí y del conjunto social, incluyendo aquí al propio medio natural.

La producción de la vida, tanto de la propia del trabajo, como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación –de una parte, como relación natural y de otra, como una relación social–; social, en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de varios individuos, cualesquiera que sean sus condiciones, de cualquier modo para cualquier fin (Marx, 1985: 30).

Es innegable la necesidad vital del ser de vincularse con el medio natural, vínculo mediado por el trabajo. Indudablemente esta necesidad está aún vigente, desde el marco de la modernidad se presenta ahora en su forma “civilizada”; lo que también produce otras formas de vinculación, en un proceso de sofisticación determinado por un profundo fenómeno de enajenación de la cualidad primaria del ser para el desarrollo de su vida: la posibilidad concreta de producir actividad de creación y transformación, es decir, *trabajo*.

Solo el trabajo posee, de acuerdo con su esencia ontológica, un carácter expresamente transicional: es, según su esencia, una interrelación entre el hombre (sociedad) y la naturaleza y, por cierto, tanto con la inorgánica (herramientas, materia prima, objeto de trabajo, etc.) como con la orgánica, que, sin duda, en determinados puntos, puede figurar igualmente en la sucesión recién indicada, pero ante todo

caracteriza en el propio hombre que trabaja la transición desde el ser meramente biológico al social (Lukács, 2004: 58).

En este sentido analítico es que se identifica la centralidad ontológica del trabajo en el proceso de sociabilidad. Desde su reconocimiento ontológico en el devenir social-histórico se tiende a la comprensión de las condiciones contemporáneas de existencia, a la desmitificación de las formas en que se representa el trabajo y su papel en este proceso,¹¹ procurando particularizar esta transformación del ser en sus dimensiones subjetiva y objetiva (o material) a través del estudio de la salud mental.

La perspectiva ontológica permite visualizar al trabajo como parte de una totalidad social en la que atraviesan las múltiples determinaciones y mediaciones en el proceso de transición y desenvolvimiento del ser social. Permite la identificación de las diferentes fases históricas de su devenir. La diferenciación entre trabajo con “valor de uso” y trabajo con “valor de cambio” da cuenta con bastante evidencia de un momento histórico precapitalista y otro capitalista, en la evolución de la vida humana y del trabajo:

En el trabajo se hallan contenidas *in nuce* [en germen] todas las determinaciones que (...) constituyen la esencia de lo nuevo dentro del ser social (Lukács, 2004: 59).

¹¹ Parece importante reconocer que existen otras interpretaciones analíticas de la realidad que ven otros orígenes, otras determinaciones que definen el papel del trabajo en la vida humana. En principio, estas posturas no evidencian el origen del trabajo en la esencia de la vida humana, sino que acotan su surgimiento al propio del sistema capitalista, desde sus definiciones más primitivas. En este sentido, ¿cabría pensar el trabajo como elemento ontológico del sistema capitalista de organización y “funcionamiento” de la sociedad? En alguna medida parecería que sí, si se siguen ciertas argumentaciones: “[El trabajo] Desde el principio quedó sujeto a la lógica de la eficacia, la lógica del capitalismo y de su principio de rentabilización del capital invertido, no puede encontrarse, entre las sociedades primitivas, ni entre estas y las nuestras, un denominador común sobre el significado del trabajo. (...) El intercambio no es el intercambio económico que conocemos y que solo será definido y practicado a partir del siglo xvii” (Méda, 1998: 32-115). De alguna manera, esta perspectiva de análisis y explicación deprecia la condición precapitalismo del trabajo como tal, de “valor de uso”. Al no reconocer la existencia del trabajo antes del surgimiento del capitalismo como sistema societal (lo que encierra el resto de las dimensiones, política, económica, cultural) tampoco atribuye al trabajo otra mediación que la presente en las relaciones de producción e intercambio mercantil. En contraposición, y siguiendo la línea analítica por la que se toma posición en esta monografía, Marx argumenta: “Como creador de valor de uso, es decir como trabajo útil, el trabajo es, por tanto, condición de vida del hombre, y condición independiente de todas las formas de sociedad, una necesidad perenne y natural sin la que no se concebiría el intercambio orgánico entre el hombre y la naturaleza ni, por consiguiente, la vida humana” (Marx *apud* Lukács, 2004: 58-59).

Una condición más es reconocida respecto al trabajo, desde la perspectiva marxiana de pensamiento teórico-analítico, su *posición teleológica*. En la medida que el ser es capaz de hacer y pensar, y viceversa, es que se constituye plenamente en ser social. Es decir, capaz de manipular, transformar y crear su propio medio, y crearse a sí mismo, en tanto que la posición teleológica le permite pensar y pensarse, objetivarse. Se establece un análisis que considera al sujeto como ser capaz de superar la mera adaptación al medio, al sistema, para transformarse y transformarse, ejerciendo todas sus capacidades, propias del proceso de “*hominización*” (Marx *apud* Lukács, 2004: 58-59). La posición teleológica del trabajo permite la aparición de la “*alternativa*”, es decir, la posibilidad de elegir entre diversos mecanismos para lograr su fin.

Al asumir una visión dialéctica de la categoría trabajo, puede visualizarse el movimiento de contradicción simultánea que lo constituye como esencia del devenir histórico del ser social. Siguiendo el pensamiento de Lukács (2004: 104-105), esto significa que la doble conexión desde el desarrollo de formas más complejas de trabajo a partir de sí mismo estaría evidenciando su condición ontológica en el desarrollo del ser social.

Desde aquí se podría afirmar, entonces, que así como en estadios contemporáneos, el trabajo representa la maximización de su contenido alienante y enajenante en la sociedad capitalista, constituye en sí mismo el poder de autonomía y emancipación, de superación de las condiciones reales concretas de la vida. *In nuce*, el trabajo contiene, en cuanto mediación, las potencialidades de superar las condiciones actuales en la proyección de un futuro que simultáneamente transforme el presente.

... puede decirse que el trabajo es el vehículo para la autocreación del hombre en cuanto hombre. Este, en cuanto ser biológico, es un producto de la evolución natural. Con su autorrealización, que, naturalmente, también en él mismo puede significar un retroceso de los límites naturales, pero nunca la desaparición, la plena superación de esos límites, el hombre ingresa en un ser nuevo y por él mismo fundado: el ser social (Lukács, 2004: 102).

En este sentido, se destacan como líneas básicas en la conceptualización del *trabajo*, a efectos de esta monografía, su consideración como *actividad*

transformadora sociabilizadora, su contenido *teleológico*; lo que permite al ser proyectar una realidad futura, transformando con su actividad el presente en procura de los fines creados a través de la alternativa. De esta forma, el ser construye un proyecto de vida individual y colectivo.

De aquí el primer elemento en el núcleo de vinculación del objeto de estudio – salud mental en el contexto contemporáneo– y esta mediación analítica, el trabajo; puesto que hegemonícamente se hace referencia, en las distintas áreas de intervención, a la salud en general y a la salud mental en particular, en términos negativos. Es decir, haciendo hincapié en las “alteraciones” identificadas en el comportamiento de los sujetos; de alguna forma se expropian sus posibilidades de superación de las condiciones de existencia. El trabajo, ontológicamente, media en la autorrealización del ser, capaz de actividad creadora. A través de la “manicomización” se coartan tales posibilidades de actividad teleológica, de emergencia de la alternativa en la construcción de un proyecto de vida singular y colectivo, en su reconocimiento como miembro del colectivo social.

Aparece aquí un nuevo elemento en la conceptualización, que es la idea de *praxis*. A la realización de una actividad concreta de transformación de la realidad, por el hombre, conteniendo el “atributo” teleológico es que se ha dado en llamar *praxis*; cuando entre el pensamiento (proceso cognitivo) y la acción concreta se encuentra la mediación de los fines (proceso teleológico) (Lukács, 2004: 60; Sánchez Vázquez, 1980: 231-235).

La *praxis* se constituye, en cuanto realización de la actividad de manipulación y objetivación del ser, en el producto de su trabajo; que le permite reconocerse en él y tomar conciencia de su capacidad de transformación y superación. Ciertamente es que la condición de reconocimiento de esta capacidad, para todos los sujetos, puede ser tendencial y, en ocasiones, más bien como tendencial desalienación intelectual, pero esto no significa desconocer dicha condición, sino potenciarla como elemento de afirmación del ser social.

Ciertamente es que para la conciencia ordinaria, (...) existen los objetos con determinada significación (aunque meramente utilitaria), como existen también los actos de producción y consumo de ellos, pero lo que no existe propiamente para ella, mientras se mantenga en ese nivel ateórico de la cotidianeidad, es la verdadera significación

social humana de esos actos y objetos. Esta significación solo puede mostrarse a una conciencia que capte el contenido de la praxis en su totalidad como praxis histórica y social, en la que se integren y se perfilen sus formas específicas ([...], el arte, la política, la medicina, la educación, etc.), así como sus manifestaciones particulares en las actividades de los individuos o grupos humanos, a la vez que en sus diferentes productos (Sánchez Vázquez, 1980: 25).

Ahora bien, en el contexto contemporáneo, parece evidente que el trabajo expresado en su forma hegemónica, a través del empleo (Leopold, 2005: 245), no encuentra pleno desarrollo como praxis, según se ha venido analizando. La mercantilización y enajenación, fragmentación y homogeneización de esta actividad humana a través de la sociabilidad capitalista “desactivan” la capacidad del sujeto de objetivarse en un producto que transforme y supere sus condiciones de existencia. Contexto que agudiza aun más el desarrollo de la salud mental en los términos que se vienen aquí desarrollando.

En la sociabilidad capitalista los mecanismos de apropiación de la praxis dan cuenta de un:

... proceso por el cual la práctica social es, en su conjunto, sometida a los imperativos de la reproducción del capital, siendo consecuentemente remodelada tanto en sus formas como en sus contenidos (Bihl, 2001: 54).

La cualidad humana de creación, reproducción, superación y transformación de su propia vida parece ser extrañada por una estructura externa de la que el mismo sujeto es sustento. La cooptación de la praxis encuentra en el contexto contemporáneo fuertes crisis y conflictos que para unos representan “alteraciones” a los parámetros de sociabilidad, y para otros la resistencia a un proceso que encuentra su amarra en contradicciones que parecen no encontrar puntos de resolución. Estas cuestiones son elementos de profundización en las líneas analíticas que continúan en los capítulos siguientes.

Capítulo 2

¿Sociabilidad o “desociabilidad”? Contradicciones del sistema social capitalista contemporáneo

Se ha planteado a comienzos del capítulo anterior, como conceptualización de la sociabilidad, el proceso por el cual los sujetos se relacionan desde su singularidad, así como en la convivencia en los diferentes colectivos y con la naturaleza, desde donde encuentran un lugar reconociéndose como miembros de una sociedad en particular. Asimismo, se han planteado ciertas características de la realidad contemporánea, sobre su organización y funcionamiento, regida por el sistema capitalista de sociabilidad.

De los elementos analíticos expuestos hasta ahora, surge la pregunta respecto al devenir de la sociabilidad humana y sus contenidos en la etapa más contemporánea. En este sentido, ¿puede hablarse de procesos de sociabilidad o, contradictoriamente, se está frente a mecanismos de “des-sociabilidad” –de resquebrajamiento de los canales de inclusión y vinculación de los sujetos entre sí–, lo que algunos autores han dado en llamar “proyecto de sociabilidad neoliberal” (Neves, 2005; Bihr, 2001 y Merklen, 1999). Ontológicamente, respecto del devenir del ser social, ¿hacia dónde se estaría dirigiendo la condición social de la humanidad?

Se identifican múltiples elementos que fundamentan tales cuestionamientos. Por una parte, es notoria la influencia que el avance de los medios electrónicos de comunicación ha tenido sobre el relacionamiento entre los sujetos con el resto del mundo y entre sí. Internet, la telefonía celular, entre otros, han profundizado el flujo comunicacional, pero, ¿es esto sociabilidad? Los distintos medios de publicidad, entre ellos la televisión, dada su accesibilidad, dirigen sus mensajes hacia un modelo de sociedad homogénea, donde lo superfluo, la obsolescencia de formas y estilos de estar y pensar parecerían agudizar los procesos de enajenación, de apropiación de la subjetividad creadora y transformadora del ser; parece evidenciarse un aceleramiento del proceso de cosificación humana. Homogeneización en la que, a su vez, y como contracara de las contradicciones

presentes en el sistema, se reivindica “lo diferente”, pero no como reconocimiento e inclusión, sino como exaltación de un individualismo que, más bien, niega al otro.

“Sociabilidad” globalizada que profundiza la normalización de las formas de estar y pensar, a través de arraigados mecanismos en la institución del disciplinamiento: hospitales, cárceles, escuelas, y se agrega ahora la tecnología de telecomunicación. Se margina y se fagocita la diferencia, la diversidad del ser, incorporándola solo en ocasiones redituables a la lógica de la mercantilización. Un ejemplo lo es el análisis que realiza Foucault (1992) respecto del proceso de medicalización de la sociedad, identificando una *“política del cuerpo”*. Desde la institucionalización de una imagen y un comportamiento corporal determinado hegemonícamente, el sistema normaliza y mercantiliza, en función de nuevos mercados para la acumulación del capital.

Por otra parte, de acuerdo con Bihr:

... la socialización capitalista de la sociedad es también y simultáneamente des-socialización: disolución de las relaciones comunitarias, relajamiento del vínculo social, privatización de la vida social (2001: 55).

Ahora bien, se debe mantener una coherencia teórico-analítica que permita dejar en claro los elementos desde los cuales se conceptualiza aquí el proceso de sociabilidad en el contexto contemporáneo. Desde una perspectiva dialéctico-marxiana de comprensión de la realidad no existe “in-volución”; es decir, el devenir histórico conlleva un proceso de sociabilidad que no admite retroceso, en cuanto negación como superación. Sin embargo, aquí se sostiene, en acuerdo con los fundamentos analíticos de distintos autores, que existe “des-socialización” en el proceso de sociabilidad que deviene contemporáneamente.

Vale decir, en líneas conceptuales, que el proceso de sociabilidad en el presente contexto contemporáneo del proyecto moderno, bajo la hegemonía del sistema social capitalista, evidencia profundas contradicciones que acentúan la

“autonomización” y la “reificación de las fuerzas sociales”;¹² esto es, el extrañamiento de la capacidad del ser de actuar autónomamente en sociedad, sobre la naturaleza y sobre sí mismo.

Como se ha señalado ya, este proceso de extrañamiento de la potencialidad y capacidad de crear de los sujetos se profundiza en la medida que el sistema social capitalista ve también profundizadas sus propias contradicciones. El contexto contemporáneo presenta sus propias características de este proceso, contradicciones que devienen de la propia génesis del sistema: la racionalización de la vida en todas sus dimensiones, el proyecto moderno.

2.1) Complejización de las contradicciones de la sociabilidad capitalista contemporánea

Las contradicciones de la sociabilidad capitalista atraviesan todas las esferas de la vida, singular y colectiva. De aquí que la trayectoria de vida, el “campo de los posibles” en términos sartrianos, el lugar que se ocupe en la estructura social y económica, la condición de género (femenino y masculino) como dimensión subjetiva y singular del ser, a la vez que colectiva en tanto la estructura social, responde de forma diferencial según el género por el que se identifique a cada sujeto. Entre otros, serán determinados por los parámetros y códigos de normalización vigentes y legitimados por la estructura del sistema social. Estos son, a su vez, en la propia dialéctica, determinantes del vínculo y desarrollo social que el sujeto vivencie en los distintos espacios sociales, tanto singulares como colectivos.¹³

¹² La reificación de las fuerzas sociales, en términos marxianos, da cuenta del proceso de transformación de las cualidades humanas en cualidades inertes, a través del enajenamiento del trabajo como valor de cambio, fenómeno que se expande a toda la vida social (Sartre, 1970: 57).

¹³ Mientras por un lado los discursos políticos contemporáneos (en el sentido amplio del término) presentan al género femenino como emancipado de las desigualdades respecto al género masculino, tomando en cuenta su mayor “participación” en la agenda social; otras lecturas llevan a observar que dichas desigualdades no se han superado, siendo profundizadas en algunos espacios sociales. Un ejemplo son las propias Observaciones del Comité de Naciones Unidas para la eliminación de la discriminación contra la Mujer respecto al informe realizado por Uruguay sobre esta temática para la comunidad internacional (2002). Contradicciones similares también están presentes en otras facetas de la realidad social, sin embargo no es objeto de este ensayo particularizar en ellos.

Particularmente, en lo que refiere a salud mental, la trayectoria de vida de los sujetos a los que se les cuestiona e identifica su comportamiento como “alteraciones” al patrón de normalidad (y/o salud) esperado, parece ser un determinante de gran relevancia en la comprensión de sus condiciones de existencia presentes y en las posibilidades concretas de superación. Es decir, en el marco de la sociabilidad capitalista será necesaria la identificación de ciertas posibilidades de “participación” social –y no otras–, las que estarán condicionando, o no, la marginalidad de los sujetos diagnosticados con “patologías mentales” de los distintos espacios sociales.

Expresado de forma ejemplificante, no será el mismo “*campo de los posibles*” para sujetos que en su trayectoria de vida han tenido acceso a espacios de involucramiento social como la educación, el empleo, entre otros, que para quienes han transcurrido las distintas etapas de su vida en un colectivo familiar de vulnerabilidad económica y social, y con dificultades para el acceso al desarrollo en el resto de los colectivos sociales.

No obstante, aclara el propio Sartre:

[La] superación no es concebible sino como una relación de la existencia con sus posibles. (...) por muy reducido que sea, el campo de los posibles existe siempre y no debemos imaginarlo como una zona de indeterminación, sino por el contrario, como una región fuertemente estructurada que depende de la Historia entera y que envuelve a sus propias contradicciones. El individuo se objetiva y contribuye a hacer la Historia superando el dato hacia el campo de lo posible y realizando una posibilidad entre todas; su proyecto adquiere entonces una realidad que tal vez ignore el agente y que, por los conflictos que manifiesta y que engendra, influye en el curso de los acontecimientos (1970: 78-79).

El análisis de tal complejización remite a la identificación de los efectos, determinaciones y mediaciones presentes en las posibilidades de desarrollo de una praxis social.¹⁴ Esto es, de actividad objetivante; el desarrollar a través del trabajo –

¹⁴ Es importante precisar que si bien toda praxis es una práctica social, no toda práctica social puede ser considerada como praxis; esta solo se constituye como tal si la acción humana posee el contenido teleológico, lo que implica que se actúa en consecuencia a un fin deseado que no es más que el sentir de alcanzar una necesidad humana. La praxis es actividad transformadora de la realidad

como se ha definido ontológicamente– las potencialidades de creación, en distintos ámbitos (el arte, la educación, etc.) de una realidad de superación y transformación.

El proceso de apropiación de la praxis en la sociabilidad capitalista sustenta la reproducción de la relación social central de esta, el capital. Como se señala ya en la introducción de la monografía, la reproducción de esta relación social esencial del capitalismo involucra a todas las relaciones, más allá de las relaciones de producción, las que son sometidas a la lógica de la mercantilización, lo que incluye: la organización urbana, el derecho, entre otras (Bihr, 2001). De aquí que el núcleo del sistema social que se analiza esté dado por la propia contradicción en todos los órdenes, en todas sus formas y en todas sus manifestaciones.

No obstante, semejante apropiación de la praxis social, de las cualidades del sujeto para la superación y transformación concretas, da paso a un proceso de complejización en la reproducción del sistema, en el cual, el propio proceso de apropiación genera un estado de crisis y conflicto, con la contrapartida de la emergencia de nuevas formas de praxis, de resistencia al ajenamiento de la vida social singular y colectiva. De esta forma, nuevos mecanismos de cooptación de esa alternativa se disparan en procura de un amoldamiento del sistema en pro de su existencia (Bihr, 2001: 5).

La sociabilidad capitalista genera su propio sustento y su propio anquilosamiento, mientras da paso, simultáneamente, a nuevas formas de construcción de alternativas, en términos lukacsianos, en los cuales la praxis recobra su lugar. Este proceso de apropiación y potencialización simultánea de la alternativa, es el núcleo de la propia reproducción de la sociabilidad capitalista. Esto parece particularizarse, en salud mental, en la emergencia de otras corrientes de conocimiento y comprensión de la realidad basadas, por ejemplo, en el pensamiento freudiano, del que se rescata la singularidad de los sujetos sin descuidar las condiciones objetivas de su existencia (Sartre, 1970). Asimismo, la pugna con la Psiquiatría hegemónica y la propia medicalización de la vida coartan un desarrollo en profundidad de esta línea de intervención.

concreta, determinada por el futuro proyectado teleológicamente. Sin esta condición no se está en procura de praxis, ni en praxis concreta (Sánchez Vázquez, 1980: 229-237).

Esta dialéctica presente en la contemporaneidad del devenir de la sociabilidad humana se retroalimenta en el accionar de los sujetos, como producto y productores de la estructura social existente, de aquí que en la propia esencia de la actividad humana se encuentran las posibilidades de transformación del mundo social. En este sentido, parece pertinente, en procura de dar integridad analítica a lo hasta aquí desarrollado, retomar aportes del pensamiento de Sartre, pues no se encuentra incoherencia teórico-epistemológica con los elementos de la postura ontológica planteados:

Nos negamos en confundir al hombre alienado con una cosa, y a la alienación con las leyes físicas que rigen los condicionamientos de exterioridad. Afirmamos la especificidad del acto humano, que atraviesa el medio social aun conservando las determinaciones, y que transforma al mundo sobre la base de condiciones dadas. Para nosotros, el hombre se caracteriza ante todo por la superación de una situación, por lo que logra hacer con lo que han hecho de él, aunque no se reconozca nunca en su objetivación. Esa superación la encontramos gracias a la raíz de lo humano y en primer lugar en la necesidad... (1970: 77).

El trabajo, entonces, como protoforma del ser social, dado que este deviene en el desarrollo de actividad de manipulación y transformación del medio (natural y social), parece constituir un elemento clave en la consideración de la salud mental como situación de negación y superación; es decir, de movimiento dialéctico, donde el pasado es negación superada por la propia actividad presente que, en la emergencia de la necesidad, lleva al ser a actuar en busca de transformar sus condiciones de existencia, proyectando un futuro, un fin a alcanzar.

Capítulo 3

Salud Mental: líneas de conceptualización

A esta altura del “ensayo” las/os lectoras/es se preguntarán cuáles son los puntos de encuentro –y resolución– entre las categorías analizadas en la primera parte y el eje de estudio de este segundo tramo, en el proceso de deconstrucción que se viene desarrollando. En primer lugar, en pos de resolver este meollo, a partir del contexto teórico-analítico presentado en la primera parte de la monografía, se incorporan aquí elementos que tienden a profundizar en este proceso de acercamiento al conocimiento y comprensión de la realidad concreta. Con este fin se introducen a la lógica analítica, desarrollada a través de la perspectiva ontológica de comprensión, elementos del existencialismo, ya que se creen fundamentales en el movimiento retotalizador del objeto que se estudia, rescatando sus dimensiones subjetiva y genérica, particular y universal.¹⁵

En este sentido, conceptualizar la salud mental implica visualizar las determinaciones y mediaciones presentes en su especificidad, así como aquellas que la trascienden, como parte de una totalidad concreta atravesada por las múltiples facetas de la realidad social. En la introducción al desarrollo de esta aproximación analítica de la salud mental se planteaban como premisas para su estudio: procurar una mirada de enfoque social, en la pretensión de trascender los parámetros medicalizadores de comprensión de la realidad, particularizando la salud mental en el contexto contemporáneo; acercarse al conocimiento de la realidad concreta a partir de un “vaivén” metodológico-analítico que tienda a re-ligar el fragmentado ser social que hoy se presenta como producto de la corriente positivista de pensamiento.

De aquí que, como otra premisa, se planteara el abordaje de la salud mental a través del análisis de las condiciones de existencia del ser social, en pos de des-

¹⁵ Como se ha argumentado ya desde la introducción de la monografía, ambas perspectivas, ontológica y existencialista, en el sentido que aquí son introducidas, se cree mantienen una coherencia teórico-metodológica, enriqueciendo el proceso de pesquisa de la complejidad presente en el tema de estudio.

fragmentar el estudio de las condiciones de quienes son diagnosticados como “enfermos mentales”, como si fuera un colectivo aislado del conjunto social.

En este sentido, un primer elemento que se considera es la salud mental como producto histórico que deviene del propio proceso de sociabilidad humana. Se reconocen las dimensiones biológica, psíquica, cultural y social contenidas en ella. Sin embargo, en el estudio de sus condiciones contemporáneas, parece de relevancia desnaturalizar los conceptos y prácticas biologicistas que involucran no solo a las ciencias médicas sino también a la diversa gama de disciplinas que intervienen en el campo de la salud mental. De esta forma, se hace hincapié en las posibilidades de superación y transformación de las condiciones de existencia de los sujetos, puesto que la consideración de la salud mental puede ser priorizada en su contenido potencializador de actividad creativa, constructiva y autónoma de los sujetos, singular y colectivamente.

Esta línea de consideración de la salud mental encuentra ya antecedentes firmes en los aportes de Sigmund Freud; tal como lo plantea Sierra:

... la inclusión del pensamiento freudiano y la profundización del conocimiento de la intimidad de la enfermedad mental, empieza a poner en evidencia que la salud mental no obedece solamente al funcionamiento de las estructuras cerebrales, que también el medio, las experiencias concretas, las interacciones con los otros y la historia de cada sujeto, cuentan para entender el porqué de su mayor o menor equilibrio emocional. Yo creo que esto es uno de los grandes aportes de Freud en la medida que desmedicaliza la enfermedad mental, le quita esta imagen de patología física que tiene que ver exclusivamente con el saber médico e introduce los factores psicológicos, los factores antropológicos, los factores sociales (1998: 2).

Retomando el proceso de sociabilidad, en capítulos anteriores se ha hecho referencia al proceso de disciplinamiento del sentir y de la razón, que se inicia ya en el marco del iluminismo, a través del proyecto de la modernidad. Este disciplinamiento es una de las determinaciones básicas en la consideración de la salud mental, pues implicó una nueva sociabilidad que reprimió pasiones, promovió formas de sentir y relacionarse con el mundo social y natural (Barrán, 2004); a la vez que en un proceso lento pero firme normalizaba conductas y encerraba “lo diferente” (Foucault, 1974).

En este contexto, la ciencia, más claramente la medicina, cobra legitimidad y representación en el propio sistema social moderno: el capitalismo. La medicalización social es embanderada como mecanismo sociabilizador de los nuevos valores; será quien designe lo “bueno” y lo “malo”, lo “sano” y lo “enfermo”, lo “normal” y lo “a-normal”.

[El] discurso médico no es cualquier discurso. La medicina no es solo el arte de curar; es también meditación sobre el sufrimiento, la vida y la muerte. Los médicos no solo hablan de su especialidad; hablan permanentemente de la vida, la sociedad, los valores, diciéndonos cómo tenemos que vivir, sufrir, gozar, parir, enfermar, morir (Fernández *apud* Mitjavila, 1992: 2).

Se ha hecho referencia ya, en la introducción de la monografía, al contenido ideológico de los conceptos y prácticas profesionales; contenido ineludible, ya que, ni los profesionales ni las propias disciplinas escapan a los patrones de sociabilidad hegemónicos. En este sentido, la medicina, como mecanismo reproductor en el proceso de medicalización, ejerce un rol protagónico en la construcción y fortalecimiento de una ideología cotidiana que transversaliza subjetividades y promueve formas de relacionamiento y vínculo social. La siguiente cita que realiza Acosta ejemplifica con precisión lo que aquí se pretende exponer:

Decía el médico Joaquín de Salterain en el boletín de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, en relación a los malos hábitos de los obreros que los llevaban a estar enfermos: “en esos dos medios en que vive el obrero, habitación malsana y taberna, es donde fomentan sus malas pasiones que pervierten su espíritu y es donde se hace comunista, soñando con soluciones utópicas de mejoramiento social” (Barrán *apud* Acosta, 2001: 104).

La medicalización de la sociedad atraviesa no solo la vida cotidiana, sino también el saber científico en sus diversas ramas. Se interviene sobre la base de un sistema de sociabilidad que naturaliza la estandarización, clasificación y etiquetamiento de comportamientos. La salud mental, por su parte, deviene históricamente de una fuerte estigmatización en los planos cultural y social;¹⁶

¹⁶ No son cometidos de esta monografía presentar las características y el contenido de la trayectoria histórica del concepto y las condiciones concretas de la salud mental, si bien se toma como referencia fundamental. Son de gran aporte los elementos analíticos que presenta Foucault

contemporáneamente, se evidencian profundas contradicciones en su evolución conceptual. Si bien la propia Organización Mundial de la Salud ha tenido avances importantes al respecto,¹⁷ el fenómeno de la medicalización de la vida impregna el desarrollo de las prácticas profesionales, fetichizando las posibilidades reales de superación de las condiciones de existencia, en la reducción de la comprensión de esa realidad concreta al logro de la incorporación de los parámetros de normalidad como forma de desarrollo de los sujetos en sociedad. El siguiente relato parece evidenciar lo que aquí se analiza:

Me mira todo el tiempo, en forma insistente y voraz, de un modo que me hace pensar en una dicotomía entre la mirada y ese cuerpo casi parálítico, como su propia vida. (...) Luego de algunos meses de trabajo en el grupo de terapia llega con el cabello peinado, recogido en una cola de caballo, ropa más ajustada y grandes caravanas que penden de sus orejas, casi iguales a las que yo uso. Participa verbalmente de los temas que se tratan, mira a sus compañeros, hace comentarios bastante asertivos y se refiere reiteradamente a anécdotas con sus animales. (...) Llega transvirtiéndose con las ropas de su terapeuta; puede empezar así a construir un nuevo relacionamiento vincular. Tal vez solamente a través de las ropas de la terapeuta, en una identificación narcisista y de carácter imitativo, que toma algo de lo femenino en la transferencia, puede intentar salir al mundo sin desvanecerse. Al apoderarse de esos rasgos femeninos se sostiene la posibilidad de ser. Pero (...) depende directamente de la presencia de su objeto y cuando este desaparece, ella también se pierde. De ahí que cuando (...) suspendo por un año mi participación como terapeuta del Grupo, ella deja de asistir y desaparece (Jornadas Científicas, 2002: 365-366).

(1974c) a lo largo de su producción teórica; así también lo son algunos trabajos monográficos como el de González Lijó (2004) y su estudio sobre este tópico.

¹⁷ La OMS define a la Salud Mental como “un estado sujeto a fluctuaciones provenientes de factores biológicos y sociales en que el individuo se encuentra en condiciones de conseguir una síntesis satisfactoria de sus tendencias instintivas potencialmente antagónicas, así como de formar y mantener relaciones armoniosas con los demás y participar constructivamente en los cambios que pueden introducirse en su medio ambiente físico y social”. Por su parte, el Comité de Salud Mental de la OMS declara: “La salud mental es el goce del grado máximo de salud que se puede lograr, es uno de los derechos fundamentales e inalienables del ser humano, sin distinción de raza, religión ideología política o condición económica y social”. En <http://www.disaster-info.net/desplazados/informes/ops/planopant2003/planop01concepto.htm>. Esta definición es aun más ambigua que la propia de la OMS, ya que, si bien le da el estatuto de derecho humano, no profundiza en los mecanismos para su exigibilidad.

La realidad concreta está dada por la dialéctica presente entre el ser y las estructuras sociales. Las cuestiones en torno a la salud mental, su cuota de mistificación aun en tiempos contemporáneos, la discriminación y, de alguna forma, la violencia de los tratamientos médicos a las personas con diagnóstico de “patologías mentales”, parecerían crear una especie de dicotomía entre salud y enfermedad; fetichizando la propia génesis de opuestos que se contienen y se superan en el devenir de la dialéctica.

Dice una persona con diagnóstico psiquiátrico:

... esa dicotomía entre salud y enfermedad (...) me da vergüenza (...) yo no soy un discapacitado (...) puedo hacer cosas (...) estudiaba en Facultad de Humanidades (...) también trabajé en varias cosas (...) por mi cuenta...¹⁸

No significa esto negar la presencia de “alteraciones” en el desarrollo subjetivo y social de los sujetos en determinadas condiciones de existencia, sino que, por el contrario, la cuestión radica en la construcción de una objetividad y una subjetividad que el resto de la sociedad realiza respecto de quienes vivencian alteraciones de los parámetros de normalidad en el comportamiento y el pensamiento. La propia vivencia cotidiana entre quienes desenvuelven su vida en “armonía” con los parámetros sociales establecidos y quienes manifiestan alteraciones respecto a estos, parece profundizar una especie de contradicción que se expresa en el rechazo a estas situaciones.

Desde los sujetos que se reconocen como parte de un colectivo “normal” se tiende a una construcción subjetiva del “otro”, que se objetiva en prácticas que reafirman un extrañamiento de ese “otro”, del que “padece” respecto del resto del colectivo social. Con la contrapartida de contradicción que esto tiene en la subjetividad de quienes son etiquetados como “enfermos mentales”, se desarrolla un proceso de relacionamiento en el que si bien no son aceptados en su diferencia, se les pide esforzarse por adaptarse a la normalidad vigente.

¹⁸ Los distintos fragmentos de relatos que se incorporan en el análisis surgen a partir de entrevistas personales y otros espacios de diálogo en los que se ha participado como forma de dar sustento empírico a esta monografía.

En un folleto distribuido por personas que componen los colectivos de pertenencia familiar de personas con diagnóstico psiquiátrico, se expresa:

LEER ¡Ud. No está a salvo!

Cualquier persona puede desarrollar una enfermedad siquiátrica.

Solo una parte de la mente se enferma, el resto es capaz de grandes realizaciones.

La inmensa mayoría de los enfermos siquiátricos son incapaces de actos violentos.

Los enfermos tratados pueden tener una vida socialmente útil y volver a ser felices.

Las psicosis se tratan con medicación y en un entorno comprensivo y solidario.

No mire para otro lado, los enfermos y sus familias los necesitamos.

Parece ser explícita en la leyenda citada la contradicción que se analiza. Mientras por un lado parecería pretender "sensibilizar" al resto del colectivo social sobre una "mirada diferente" a las cuestiones de la salud mental, por otro lado, más bien parece acentuar o, al menos, fomentar una especie de terror del que "*usted no está a salvo*" de exteriorizar un comportamiento que escape a los parámetros de aceptación vigentes. Parecen visualizarse de forma notoria las expresiones de una sociabilidad medicalizada en la subjetividad (singular y colectiva), a través de la situación concreta retomada en la cita.

Por otra parte –y como contraparte– en un poema se manifiesta:

Un día al revés / Me despertaría de noche. / Viviría la noche / no pasaría dopado todas las noches. / Me apuntaría en el Hospital Militar, de noche / para psiquiatría, salud mental, oftalmología, odontología. / A medianoche almorzaría / y tomaría la medicación de almuerzo. / Se hacen las tres de la noche. / Y estoy despabilado y despierto. / Y la hora sigue / sigue hasta el amanecer / que sería la hora de acostarme. / Tomando la medicación para dormir (Años Luz, 2001: 25).

Conceptualizar la salud mental en términos que tiendan a la desmedicalización implica, necesariamente, un movimiento de retotalización histórica, donde las dimensiones singular y genérica sean comprendidas en la complejidad del propio entramado de la realidad concreta. En este sentido, el existencialismo aporta al abordaje de la singularidad de los sujetos y colectivos en un intento de recuperar lo subjetivo como producto y productor del conjunto social. La trayectoria de vida singular y colectiva, en un contexto histórico, cultural y social, condiciona el desarrollo de los sujetos en todas sus dimensiones. Recuperar la singularidad y la

subjetividad, en el proceso de comprensión, implica reconocer y dar lugar a la diversidad existente en todo el conjunto social.

Hay que volver a tomar el estudio de los colectivos por el principio y mostrar que esos objetos, lejos de caracterizarse por la unidad directa de un consenso, parecen, por el contrario, perspectivas de fuga. Las relaciones entre personas basadas sobre condiciones dadas, dependen de otras relaciones singulares, estas de otras, y así sucesivamente, y por eso hay una sujeción objetiva en las relaciones concretas; lo que lleva a esta sujeción, no es la presencia de los otros, sino su ausencia, no es su unión, sino su separación. Para nosotros, la realidad del objeto colectivo descansa sobre la recurrencia, manifiesta que la totalización no está terminada nunca y que la totalidad de existir lo es a título de totalidad destotalizada (Sartre, 1970: 68).

Ahora bien, reconocer la singularidad, y con ella la diversidad existente en el conjunto social, significa reconocer contextos históricos y sociales, la trayectoria que ha determinado que un sujeto sea de cierta forma y no de otra, que su subjetividad esté marcada por determinados elementos y no otros. Actúan aquí determinantes tan generales como la economía, la política, así como los patrones vigentes de valoración y normalización de la vida, pero además, la particularidad concreta de contextos como grupos de referencia y pertenencia.

En el segundo capítulo se analizaba la contradicción presente en el propio colectivo de personas diagnosticadas con “patologías mentales”. La heterogeneidad de condiciones de existencia; la pertenencia a colectivos de referencia muy dispares, con trayectorias de vida aun más disímiles; el lugar que históricamente se ha ocupado en la estructura social, estarán dando ya pautas de la diversidad existente entre cada sujeto; si bien se comparte un fuerte vínculo objetivo y subjetivo, que es su lugar presente en el entramado social: personas diagnosticadas con “patologías mentales”. De aquí la necesidad del reconocimiento de la diversidad, tanto en su dimensión objetiva (o material) dada por la estructura social y el papel que en ella se ocupe, como en su dimensión subjetiva, en la singularidad vivida de cada sujeto. Según señala Sartre:

... la familia está constituida, en efecto, en y por el movimiento general de la Historia, y vivida, por otra parte, como un absoluto en la profundidad y la opacidad de su infancia. (...) Pero cuidado: cada uno vive los primeros años extraviado o

deslumbrado como si fuese una realidad profunda y solitaria: la interiorización de la exterioridad es aquí un hecho irreductible. (...) El psicoanálisis, en el interior de una totalización dialéctica, remite por un lado a las estructuras objetivas, a las condiciones materiales, y por el otro a la acción de nuestra insuperable infancia sobre nuestra vida de adulto (1970: 57-58).

La proyección del sujeto de su futuro como adulto estará determinada, de alguna manera, por la interiorización que realizara en su infancia de las estructuras externas, y de su exteriorización singularizada. En este sentido, no se trata aquí de indagar en campos psicológicos o psíquicos, cuestión que escapa por completo a esta monografía y a quien la realiza, sino que se rescata la visión social propuesta por el existencialismo. El ser social en su devenir interioriza, proyecta y actúa simultáneamente en un campo social que lo trasciende, incorporándolo en sus dimensiones biológica y social pero que escapa a su dominio, puesto que en esa dialéctica también él es su productor.

Por otra parte, la singularidad del ser así como su dimensión colectiva, de pertenencia a un colectivo, generan en un mismo proceso, siempre presente, la existencia concreta de posibilidades de actuar, transformar y superar, a lo que Sartre denomina, como se ha visto, *“el campo de los posibles”*.

El campo de lo posible es así el fin hacia el cual supera el agente su situación objetiva (Sartre, 1970: 79).

Este campo o espacio de posibilidades se concibe como *“desdoblamiento determinado”*. Por un lado, está contenido en la singularidad del ser como porvenir, proyección de su futuro, mientras que, por otro lado, está presente en el propio colectivo, como determinante que lo sostiene, transforma o reprime en la realidad concreta (Sartre, 1970: 81). El campo de los posibles habilita al ser a actuar transformando el presente en la proyección de su futuro. En este sentido, se entiende que el análisis trasciende los parámetros de medicalización en la comprensión de la realidad, en un abordaje que visualiza las dimensiones subjetiva y objetiva de los sujetos, así como particular y colectiva del conjunto social.

La posibilidad de un proyecto de vida, del *por-venir*, es la objetivación del ser como productor de lo nuevo, del futuro; constituye por tanto un movimiento

constante y dialéctico, que simultáneamente supera y retoma los mismos puntos, como espiral, ganando integralidad y complejidad. Es la realización del ser en su doble dimensión singular y genérica; “*enteramente hombre*” o enteramente humano en términos más contemporáneos (Sartre, 1970: 88).

Desde aquí, se cree, puede ser retomado el proceso de conceptualización de la salud mental. En tanto desde las diversas disciplinas que actúan en el área se logre *de-velarse* la opacidad de una realidad fragmentada, clasificada y normalizada, podrá superarse la vivencia de la dicotomía salud-enfermedad.

La salud y la enfermedad no son estados definidos, aislados y totalmente diferentes, sino que constituyen manifestaciones de un mismo proceso dinámico en continua interacción dialéctica, con rupturas, cambios, y contradicciones, tal como el organismo vivo está también en continua transformación y adaptación. La propia vida humana, como parte de la naturaleza en movimiento, es una síntesis de la salud y la enfermedad (Villar, 1992: 21).

En este sentido, el proceso de sociabilidad en su etapa capitalista es vivenciado por el ser a través de la interiorización de la dicotomía entre lo aceptado y lo rechazado, o no legitimado, por el sistema social en el que se desarrolla; pues los mecanismos de medicalización encuentran en la consideración de lo “sano” y lo “enfermo” los parámetros de lo que se “deber ser” y lo que “no se debe ser”, lo “aceptado” y lo “reprimido”. Este sistema de funcionamiento y organización de lo social genera prácticas estratégicas para la sobrevivencia de los sujetos. Así lo expresa alguien que desarrolla la intervención terapéutica a través del psicoanálisis:

... muchas veces los propios pacientes saben qué decir y qué no decir en la consulta con el psiquiatra para que no los mediquen, por pensar que cursan un delirio o que van a tener una crisis...

Como se ha venido analizando, la concepción de la salud mental, desde los parámetros reseñados de la sociabilidad capitalista, promueve una subjetividad que no ve más allá de la estructura normalizada y estandarizada impuesta e internalizada. Este fenómeno trasciende los diferentes saberes y tanto la cotidianeidad de la ciencia como del sentido común actúan bajo esta racionalidad. Complementan el análisis las vivencias de una persona, familiar de alguien que ha sido diagnosticado desde la medicina psiquiátrica:

... a veces no sé cómo responder, (...) yo le digo al padre que no esté tan atento a lo que hace, porque a veces cuando está mucho tiempo callado, pensamos que está en una depresión (...), y si lo vemos cantando o haciendo bromas como cualquiera de nosotros, nos preocupamos porque pensamos que está por comenzar alguna crisis...

De esta forma, se evidencia la internalización del proceso de medicalización en el resto del colectivo social, lo cual no queda en una simple vivencia subjetiva sobre el comportamiento del “otro”, sino que, como ha sido reseñado a través de los aportes de Sartre, la propia trayectoria, vivida subjetiva y objetivamente por los colectivos de pertenencia de los sujetos, determinará sus condiciones de existencia presentes y futuras. Las posibilidades de transformación y superación del ser, su “campo de los posibles”, estarán determinadas por el momento histórico, el espacio social y la estructura social, ideológica y política, impuestos (Sartre, 1970: 79).

En la conceptualización de la salud mental, entonces, se marcan, como referentes fundamentales, el tiempo y espacio histórico-sociales en que se desenvuelve, así como el reconocimiento de la dimensión singular de cada sujeto, dado este por la subjetividad interiorizada y exteriorizada a la vez, así como por las propias condiciones objetivas de existencia.

De este modo, la salud mental se analiza, singular y colectivamente, a partir de las posibilidades concretas de superación y transformación de los sujetos. Esto es, de todos los sujetos, no solo de aquellos considerados “enfermos”. Se trata de visualizar la salud mental como una posibilidad real de superación autónoma del ser, que es capaz de realizar, a través del trabajo y de la transformación del medio natural y social, actividad creadora, praxis social.

Es así que el estudio de la salud mental involucra necesariamente la consideración de todo el colectivo social; es decir, de quienes presentan “alteraciones” a la imposición normalizadora, de quienes actúan en reparo del saber científico y del resto de los sujetos; quienes de una u otra forma están determinados por esta realidad presente y concreta que es la realidad social. Significa concebir a la realidad en su dialéctica, en cuanto totalidad social abarcativa de sus diversas facetas, *totalidad destotalizada*, en términos sartrianos.

El movimiento regresivo-progresivo de comprensión de la realidad permite a los sujetos aproximarse a una praxis social, en la cual la actividad de transformación y superación a través del trabajo (definido ontológicamente) involucre una revisión de las condiciones de existencia presentes, mientras que se construye un proyecto futuro de existencia. Si bien se pretende profundizar en este punto en el capítulo siguiente, parece pertinente aquí el aporte de Sartre:

... la praxis es negatividad: pero se trata siempre de la negación de una negación; en relación con el objeto que se quiere alcanzar, es positividad, pero esta positividad desemboca en lo "no-existente", en lo que nunca ha sido aún. El proyecto, que es al mismo tiempo fuga y salto, negativa y realización, mantiene y muestra a la realidad superada, negada por el mismo movimiento que la supera; así resulta que el conocimiento es un momento de la praxis (1970: 78).

Parece de gran aporte a la reflexión analítica de esta instancia de conceptualización de la salud mental, lo que expresa una persona con diagnóstico de esquizofrenia a un familiar:

... yo estoy loco para que vos puedas sentirte cuerda.

Podría decirse que el ser social es tal, en la medida que se relaciona y proyecta en la propia contradicción del proceso de sociabilidad del que deviene.

Capítulo 4

La sociabilidad capitalista y sus repercusiones en la salud mental

En este último capítulo el objetivo es dar cuenta de las principales determinaciones de la sociabilidad capitalista en la salud mental, lo que de alguna manera, e inevitablemente, se ha comenzado ya en el capítulo anterior, priorizándose el proceso de medicalización de la sociedad. Por esto, se hará hincapié aquí en las características más contemporáneas –o que al menos así se reconocen por quien desarrolla esta monografía–. Por otra parte, continuando la línea metodológica por la que se ha optado, el método regresivo-progresivo, se tiende a un movimiento retotalizador, colocando como último punto de análisis la categoría trabajo, retomando elementos de la primera parte, e incorporando, en el sentido regresivo-progresivo, elementos que se piensa hacen a la contemporaneidad de la evolución del ser social.

Como se ha analizado en parte de los dos primeros capítulos, el proceso de sociabilidad, ya desde comienzos del proyecto moderno y sus distintos momentos históricos, encuentra como relación social primaria al capital. La lógica mercantilista impregna todas las esferas de la vida social; en este sentido, se identifica, junto al proceso de medicalización, como uno de los determinantes de las condiciones de la salud mental. Desde el siglo XVIII, la relación entre economía, política y medicina se profundiza e instrumenta en pos del orden capitalista. Primero, como “policía sanitaria” en la vigilancia y control del estado de la fuerza laboral (Foucault, 1992: 10); mientras que hacia el contexto contemporáneo evoluciona como sustento del mercado de la salud: el avance biotecnológico, la industria farmacéutica, los seguros de salud, entre otros.¹⁹

¹⁹ Los siguientes datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE, Uruguay, 2004), particularizados en algunos de sus contenidos en la realidad local, pueden ser ejemplificadores del proceso y la dimensión que toma la mercantilización de la vida: desde lo reseñado ya sobre el proceso de medicalización hasta la comercialización de diversos mecanismos de “adaptación” a las propias contradicciones de la sociabilidad capitalista; como lo es la relación existente, contemporáneamente, entre el mercado farmacéutico y la realidad concreta de consumo del fármaco: “En las últimas décadas las benzodiazepinas se convirtieron en uno de los fármacos más prescritos en la práctica médica general, existiendo evidencia de que más de 10 % de la población de los países desarrollados es consumidora de psicofármacos. Las mujeres tomaron más tranquilizantes que los

De aquí que otras variables comienzan a estar presentes en la valoración de las condiciones de “salud”: el espacio social que se ocupe, la incursión en el mercado laboral, la capacidad de sustento económico.²⁰ En este marco la salud mental encuentra un terreno de vulnerabilidad y desprotección que afecta no solo a quienes desarrollan su vida dentro de los parámetros de “normalidad” legitimados, sino, y significativamente, a quienes son diagnosticados con “patologías mentales”; en cuanto institucionalidad de la “locura”, simbólica y concreta, a través de hospitales, internados y cárceles, donde se registran las mayores situaciones de desprotección y violencia en todas sus formas.²¹

hombres en todos los países desarrollados que se investigaron. Los consumidores se concentraron en las franjas etarias por encima de los 34 años. En Uruguay, dos estudios realizados en una institución de asistencia médica colectiva (Centro de Asistencia del Sindicato Médico del Uruguay) cuantificaron el uso de benzodiazepinas a través del análisis de las prescripciones médicas, encontrando que los psicofármacos constituían 17 % del total de prescripciones y de estos 53 % correspondieron a benzodiazepinas. En Montevideo, en 1992 se informó una tasa de prevalencia mensual de consumo de tranquilizantes menor de 21,4 %, superior a la del resto de América, Europa Occidental y Estados Unidos. Se evidenció que el consumo era más elevado en el sexo femenino y se incrementaba con la edad. La prevalencia de vida de consumo de tranquilizantes menores fue de 40,1 %, más elevado para el sexo femenino. Entre los posibles factores explicativos de este elevado consumo, se señalaron factores demográficos y epidemiológicos (marcado envejecimiento de la población montevideana, mayor proporción de mujeres) y de los servicios de salud, (prevalencia elevada de trastornos psiquiátricos menores en la clientela de los médicos generales, tendencia a la medicalización). Se encontró que en Montevideo la duración de los tratamientos era mucho mayor que en otras partes del mundo (68,9 % lo utilizaba desde hacía más de un año), constituyendo una fuente de gastos significativos para los consumidores y una verdadera carga para las instituciones de asistencia”. Asimismo, los últimos datos recogidos para el período 2004 señalan que Uruguay es el país con mayor consumo de medicamentos de América Latina (un 16 % del total), esta realidad es impactante en comparación con los países de la región de mayor población, proporcionalmente: Venezuela (14 %), Argentina (poco más del 11 %) y Brasil (poco menos del 7 %). En <http://www.asilfa.cl/admin/doc_estadisticas/medpercap.jpg; 2004>.

²⁰ A través del abordaje analítico de algunas de estas dimensiones, Fernández (2003: 27) demuestra con claridad este fenómeno: “En un estudio que realicé en el período 2001-2002 con población de 20 años atendida en primera consulta psiquiátrica en el Hospital de Clínicas, (N=275), trabajé especialmente el ‘Eje IV: problemas psicosociales y ambientales’ del DSM IV, al que adjudiqué las dimensiones recogidas en la práctica específica y que registré como mutuamente excluyente en las nueve categorías previstas por la clasificación. Los resultados del estudio evidencian que quienes solicitan consulta presentan compleja situación social. De las 275 primeras consultas seleccionadas, plantean problemas sociales 97 casos, (71 % del total). Ya se puede advertir el abrumador peso de los diagnósticos psiquiátricos de depresión y/o ansiedad entre quienes tienen problemas sociales, patologías cuya causa y evolución se encuentran íntimamente ligadas a las condiciones de existencia”.

²¹ El periodista Nelson Cesin en un artículo periodístico titulado “El infierno tan temido” expresa respecto a la situación en hospitales psiquiátricos locales: “El informe de una organización estadounidense, a propósito de la violación a los derechos humanos en el sistema de salud mental uruguayo, solo ubicó en la escena internacional una situación sobre la que distintos actores locales alertan hace tanto tiempo: el modelo asistencial, fundado en los manicomios, debe ser desterrado. Las condiciones de vida de los internados en los hospitales psiquiátricos públicos de Uruguay suelen debatirse entre algunas situaciones que desafían las aberraciones de la existencia humana y otras

Este contexto expresa de tal modo la vulnerabilidad de los sujetos que se corre el riesgo, y en algunas oportunidades se comete el equívoco, de diagnosticar y tratar como “trastornos psicopatológicos” a manifestaciones de los sujetos que responden a situaciones sociales producto del propio proceso histórico de crisis económico-estructurales (Fernández, 2003: 12).

No obstante, la lógica de mercantilización no se agota en los movimientos del mercado, sino que va más hondo; la sociabilidad capitalista concibe una ética propia, la ética de la heteronomía. Las contradicciones del sistema se agudizan en torno a una lógica ética donde el valor fundamental es la autoridad, el *poder-dominación*, en la que se construye en el plano de las relaciones sociales el sometimiento *dominación-dependencia* (Rebellato, 2000: 64).

La cotidianeidad de los distintos espacios, públicos y privados, también los espacios técnicos, se desenvuelve bajo esta nueva forma de fetiche. En el escenario de la medicalización, el poder médico actúa como agente reproductor de esa nueva cotidianeidad. La medicina se plasma históricamente como corporación y expresión profunda del espíritu capitalista. Sin embargo, la propia medicina, como disciplina científica, es fetichizada, es enajenada por los intereses del sistema económico-ideológico, en la realidad concreta su “autonomía” se ve relativizada por el grado de legitimidad que se le otorga desde él.

Por su parte, la actividad médica en sí misma no procura las funciones de control y vigilancia, sino que el sistema social ha instituido su práctica haciéndola funcional a él. La medicalización de la vida no es un rasgo esencial de esta disciplina, por el contrario, son mecanismos externos los que determinan su papel social. El proceso de medicalización, de alguna manera, es independiente de la

que, en comparación, deparan las garantías básicas de la dignidad humana. La distinción, más que elocuente cuando se transita por instituciones como la Colonia Etchepare y el Hospital Musto, refleja la multiplicidad de aristas que componen la realidad en torno al manicomio: esfuerzos anónimos y denodados en pos de la humanización se combinan con la desidia a la que mueven lugares cuya problemática necesita ser negada por la comunidad; con la ausencia de una política sobre salud mental –ya acordada pero aún no aplicada en sustancia– capaz de acabar con el encierro y aislamiento prolongado como único modelo asistencial; con el desgaste y la frustración de muchos funcionarios que, ante la imposibilidad de alterar situación alguna, terminan por abandonar instituciones orientadas a la custodia del enfermo pero nunca a su rehabilitación e inserción social”. En <<http://www.colegio.com.uy/Vida/Art015.htm>>.

voluntad del médico y su conciencia como sujeto. En este “concierto” dialéctico, el médico como ser, como sujeto impregnado de la estructura social, actúa alienada y alienantemente, desde las determinaciones que la propia sociedad le otorga a su papel social.

Ahora bien, lógica mercantilista, ética heterónima, proceso de medicalización, han sido identificados a lo largo de la monografía como determinantes en la vivencia contemporánea de la salud mental; de aquí que lo argumentado principalmente en el desarrollo del capítulo anterior cobra firmeza analítica, en tanto el complejo social se concretiza como totalidad a partir de la propia trayectoria singular de los sujetos y los colectivos. La experiencia de interiorización subjetiva de la totalidad histórica se expresa en la propia diversidad que se pretende clasificar, diagnosticar y forzar a la normalización.

La casualidad no existe, o por lo menos no existe como se cree: el niño se convierte en tal o cual porque ha vivido lo universal como particular. (...) la infancia es la que forma los prejuicios insuperables, la que en la violencia del adiestramiento y el extravío del animal adiestrado hace que se sienta la pertenencia a un medio **como un acontecimiento singular**. Solo el psicoanálisis permite hoy estudiar a fondo cómo el niño, entre tinieblas, a tientas, trata de representar, sin comprenderlo, el personaje social que le imponen los adultos; solo él nos puede mostrar si se ahoga en su papel, si trata de evadirse de él o si se asimila a él del todo. Solo él permite que el hombre entero se encuentre en el adulto, es decir, no solo sus determinaciones presentes, sino también el peso de su historia (Sartre, 1970: 55-56).²²

Como expresión de la realidad concreta, aquí se ha procurado analizar el siguiente fragmento de un relato sobre parte de la trayectoria de vida de una persona diagnosticada como “esquizofrénica”, realizado por un familiar:

... y diferente fue siempre (...) en la niñez el padre preso, el exilio, la adaptación al idioma, (...) luego otra vez adaptación, vuelve a otro exilio y así varias veces, luego a

²² “El psicoanálisis, concebido como mediación, no hace intervenir ningún principio nuevo de explicación: hasta se cuida de negar la relación directa y presente del individuo con el medio o con la clase; vuelve a introducir la historicidad y la negatividad en la manera de realizarse la persona como miembro de una capa social determinada” (Sartre, 1970: 59-60, pie pág. 1).

Uruguay (...) donde hay mucha xenofobia, (...) se rechaza lo diferente, (...), es duro; (...), a partir de una patota que lo atacó se desencadenó la esquizofrenia...

4.1) El lugar del trabajo en la evolución del ser social contemporáneo

El ser social contemporáneo deviene de un escenario histórico, protagonizado por los efectos de la sociabilidad moderna, en el que además de las contradicciones identificadas y analizadas a lo largo de la monografía, se destaca la controversia o disputa entre la razón y el sentir, esto es, la instrumentalidad de la vida y el desarrollo de la subjetividad singular y colectiva. En el contexto contemporáneo, el ser se somete a una cotidianeidad que fluctúa entre la procura de lo necesario para la subsistencia y el consumo de productos y servicios que le otorguen momentáneos instantes de placer.

En capítulos anteriores se ha profundizado en este análisis a través de la mediación de las categorías sociabilidad y trabajo; en procura de visualizar el entretreído de determinaciones que sitúan a la salud mental interactuando en estos procesos como parte de una totalidad.

Contemporáneamente, como ya se ha señalado, el trabajo toma forma hegemónica a través del empleo; su expresión como valor de cambio y la racionalidad mercantilista de las relaciones sociales opacan la génesis del trabajo como actividad de objetivación del ser esencialmente transformadora. Sin embargo, se pretende hacer hincapié en las posibilidades de superación de los sujetos más que en los límites que encuentran en el contexto capitalista contemporáneo, analizados con gran exhaustividad en diversos estudios (Martínez, 2005; Novo, 2005; entre otros). El trabajo conceptualizado desde la constitución de actividad objetiva transformadora y superadora de las condiciones de existencia parece encontrar un lugar de centralidad en los procesos de salud mental.

En términos marxianos, el trabajo se circunscribe a la actividad teleológica del ser, a la posibilidad real concreta de transformación de sí y del medio a través del desarrollo concreto de sus capacidades. Comprender el desarrollo de la salud mental desde esta perspectiva lleva a revalorizar la actividad humana como creación, como autorrealización del ser singular y de los colectivos, en tanto la

posibilidad de objetivación a través de la praxis social está esencialmente en el contenido teleológico de esta actividad.

Diversas experiencias, como el “Arte Terapia” y la realización de talleres de escritura y otras modalidades de expresión, potencializan y concretizan estas capacidades. El ser se objetiva en un resultado dado, reconociéndose en su propio producto y tendiendo a la transformación de su realidad concreta como a la del propio colectivo social. Son elocuentes los siguientes poemas:

Hay ventanas para mirar afuera y las hay para mirar hacia adentro. / Cuando estoy haciendo un cuento, verso o fábula es como si estuviera mirando por las ventanas hacia fuera. / Me imagino un bello paisaje donde ríe el río con la roca; donde el abuelo le habla a su fiel Gitano; donde brota del pecho el amor como el agua de la piedra. / Cuando me acuerdo de mi vida pasada es como si mirara hacia adentro por las ventanas de los recuerdos de mi conciencia (Años Luz, 2001: 43).

Una casa en las montañas, rodeada de bosques con un río y tierra para labranza. / Una compañera dedicada a la casa (tarea de su agrado). / Un río para pescar. / Un almacén atendido por gente amable. / Una radio con buena antena para música y ciertas noticias. / Buenos libros de lectura y estudio. / Conocimientos de música y composición. Gente para hablar de eso. / Gente sana pero que esté lejos y que nos reunamos cada tanto. / Mi compañera, interesada en lo mío o no, pero que lo respete. O con sus propios intereses respetados por mí. / Una cabaña con estufa a leña, prolija. / Un gato que no sea flaco. / Yo sé que no es posible (Años Luz, 2001: 55).

El desarrollo que se ha realizado principalmente en este capítulo parece encontrar su núcleo en las VIII y XI tesis de Marx sobre Feuerbach, respectivamente:

Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inducen a la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica.

Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo; de lo que se trata es de transformarlo (1985: 667).

Se reafirma aquí, entonces, la mediación analítica en el estudio de la salud mental a través del proceso de sociabilidad humana y el trabajo (ontológicamente

conceptualizado). Indudablemente, el ser social deviene como tal en el propio entramado de las relaciones sociales y, simultáneamente, mientras se transforma y supera sus propias condiciones de existencia, es decir, desarrollando y creando trabajo.

En la sociabilidad capitalista, la conceptualización ontológica del trabajo y el ser social como tal parece cobrar relevancia en el “tratamiento” de las “alteraciones” vivenciadas por algunos sujetos respecto de los códigos de relacionamiento y vinculación legitimados. La llamada “reinserción social” parece poder ser superada por el “reconocimiento e inclusión social” de estos sujetos a través de su propia actividad de transformación de la realidad concreta, en una demostración de igualdad en su propia diversidad, en su condición de seres sociales, muchas veces opacada por los parámetros medicalizadores. Un ejemplo, citado anteriormente, son los poemas elaborados a través de un taller terapéutico de escritura, otro pueden serlo las siguientes expresiones de la persona a cargo de un taller terapéutico de plástica:

Los papeles y revistas, lápices, pasteles, pintura, pinceles, surgen como materiales a manipular y con los que paulatinamente establecer contacto, en un acercamiento de tanteo, de ensayo y error, que por momentos es de desencuentro y desencanto y, por otros, de disfrute y gratificación. Los integrantes del grupo (...) se vieron en la disponibilidad de moverse con libertad en un amplio salón, teniendo que armar su propia paleta de colores, lavar pinceles en el baño, vaciar tarros (...) Es así que se mojan, limpian colores empastados, se manchan los dedos y la ropa. Se empujan, hacen bromas, lloran, se enojan. Son cuerpos que tocan y se tocan, se crispan, se acercan, se alejan... (Jornadas Científicas, 2001: 379).

En estos ejemplos parece configurarse, aunque por supuesto no se agota en ellos, lo que expresan las citadas tesis de Marx, respecto a la esencia humana constituida en las relaciones sociales: el ser social se constituye en el relacionamiento con el mundo y sus pares (relaciones sociales determinadas en la sociabilidad capitalista por la relación social primaria: el capital), y en la necesidad de considerar la realidad no solo como posible de interpretación, sino esencialmente posible de transformación. A través de métodos terapéuticos que van a la pesquisa colectiva, comprometida con los sujetos, de sus propias posibilidades y habilidades

de transformación concreta, a través del trabajo de creación, y donde el sujeto construye autonomía en el reconocimiento de sus capacidades.

Aparece aquí un elemento analizado ya en capítulos anteriores, principalmente en el segundo capítulo de la monografía: la posibilidad que en su propia dialéctica de reproducción y adaptabilidad genera el sistema social capitalista de la emergencia de prácticas de resistencia potencialmente transformadoras.

Retomando aportes de Bihl (2001: 54-55), la apropiación de la sociabilidad capitalista de la praxis social, contradictoriamente, produce un escenario de conflictos propicio para la resistencia a semejante expropiación de las capacidades del ser. De alguna manera, el sistema presiona a los sujetos a la construcción de nuevas formas de sobrevivencia en la superación de sus condiciones de vida. Proceso profundamente contradictorio que simultáneamente tiene como respuesta la adaptabilidad del sistema a esos nuevos modos de vida, en un repliegue para su propia reproducción y sustentabilidad.²³

De esta forma, la construcción de autonomía que realizan los sujetos, singular y colectivamente, implica que nuevas relaciones sociales interpelen a la hegemonía de la heteronomía. Es interesante el análisis que realizan Rebellato y Giménez:

Autonomía no significa independencia total, sino protagonismo, constitución de sujetos, en dependencia con el entorno y el mundo. A la vez, la autonomía no puede pensarse como una situación en soledad, sino como condición humana necesariamente intersubjetiva. Las intersubjetividades se constituyen en el diálogo con los demás. Lo que, asimismo, requiere rediscutir la autenticidad como exigencia del reconocimiento de la propia identidad y de la identidad de los demás. Sin reconocimiento la identidad corre el riesgo de autodestrucción. Y sin desarrollo de identidades no es viable una política de fortalecimiento de las diversidades (1997: 37).

²³ Como el propio Sartre (1970: 78) lo analiza: "Es pues, perfectamente exacto que el hombre es el producto de su producto...". El propio trabajo humano ha creado las estructuras de una sociedad, lo que define para los propios sujetos, singularmente y en la intersubjetividad del colectivo social, las condiciones objetivas de existencia, y a su vez construye nuevas subjetividades en su propia superación constante a través de la praxis social.

Asimismo, y continuando la línea de análisis a través de ciertas particularizaciones de la realidad concreta en el abordaje de la salud mental, lo planteado, en cuanto a la construcción de autonomía a través de la propia actividad de creación y transformación, parece encontrar evidencia en la siguiente cita, donde se expresa parte del abordaje social desarrollado por la profesional del Trabajo Social, de la situación vivenciada por una persona con diagnóstico psiquiátrico:

Al integrarse a la psicoterapia, accede asimismo, a un sostén social supletorio, (...) Esta instancia es una de sus primeras oportunidades de participación social, de compartir con otros su mundo incomprensible para con quienes convive. Las transformaciones poco a poco se van expresando. Luego está en condiciones de integrarse al Taller de Escritura, más tarde al de Plática y, por último, el abordaje psicosocial para emprender un proyecto de vida. (...) Hoy (...) es capaz de cuidar y de autocuidarse. Ya no es un pájaro, sino que cuida de los animales de su casa. Su hermano trabaja como sereno nocturno, por lo que ella ha asumido el cuidado de la casa y de la quinta, porque es de su preferencia cocinar y consumir vegetales. Administra los gastos y se ocupa de las compras. Se autodetermina al elegir percibir la pensión de su padre: no quiere que la declaren “incapaz” por la pérdida que implica en términos de ciudadanía... (Jornadas Científicas, 2001: 371).

Se retoma de aquí otra de las dimensiones constitutivas del trabajo, su posición teleológica. Esto es, la posibilidad del surgimiento de la alternativa en tanto el ser social hace consciente-sentida la necesidad de superación de las condiciones de vida, proyectándose en procura de los fines definidos.

A partir de los aportes de Lukács se abordó ontológicamente en la primera parte de la monografía esta condición del trabajo; sin embargo, en este momento del análisis parecen adquirir profundidad, en la comprensión de la realidad, los elementos presentes en el enfoque existencialista desarrollado por Sartre y también tomado como base teórica aquí.²⁴

²⁴ Mientras desde la perspectiva ontológica de análisis de la realidad, Lukács plantea la posición teleológica como esencia constitutiva del trabajo en tanto tendencialmente actividad de transformación y superación, como praxis social, la aparición de la alternativa en la conciencia de una necesidad sentida orienta al ser a la práctica en procura de lograr su fin (2004: 80-99); el existencialismo, a través de las formulaciones analíticas de Sartre (1970: 92) profundiza en el estudio de las dimensiones subjetivas que hacen a las condiciones de sobrevivencia de los sujetos. En este sentido, aparece el Proyecto como orientador de una búsqueda concreta, objetiva, en procura de los

En este sentido, Sartre (1970: 92) identifica al Proyecto como construcción esencial en la transformación y superación de la trayectoria que devienen las condiciones de existencia de los sujetos. De ahí el hincapié en la importancia de dar cuenta de las posibilidades concretas de quienes vivencian “alteraciones” a las estructuras normalizadas de comportamiento, de construir un proyecto de vida basado en la autonomía de su propia singularidad. Sin embargo, la condición objetiva (o material) de existencia no escapa a las posibilidades dadas por el campo de los posibles que se presenta a los sujetos en el colectivo social:

El proyecto tiene que atravesar necesariamente el campo de las posibilidades instrumentales. Los caracteres particulares de los instrumentos los transforman más o menos profundamente; condicionan la objetivación. Ahora bien, el instrumento mismo –sea el que fuere– es el producto de un desarrollo determinado de las técnicas, y si lo analizamos hasta el fondo, de las fuerzas productivas (Sartre, 1970: 92).

Se ha analizado, entonces, la categoría trabajo como mediación en la comprensión del ser social, particularizando las condiciones de la salud mental contemporánea. Sobre la base de los distintos elementos que se han ido incorporando, puede afirmarse la vigencia de la centralidad del trabajo en el ser social contemporáneo.

De aquí que retomar la ontología de los procesos de sociabilidad a través del trabajo, conceptualizado como actividad de manipulación, transformación y superación tendiente al desarrollo de una praxis social, parece una arista fundamental a atender en el contexto de la salud mental contemporánea; en la búsqueda de la humanización de un sistema social que enajena, normaliza y encasilla, singular y genéricamente, la propia esencia del desarrollo humano: las relaciones sociales.

finés perseguidos singular y colectivamente. De aquí que se piensa que ambas perspectivas más que desencontrarse se complementan, al menos en este punto, profundizando en el conocimiento y la comprensión de la realidad social concreta.

Conclusiones

Se pretende, aquí, dejar planteados elementos retomados del desarrollo analítico contenido en los distintos capítulos que dan cuerpo a la monografía, como primeras aproximaciones al conocimiento y comprensión del objeto, *la salud mental en el contexto contemporáneo*, en tanto conforma parte de una totalidad social cuya complejidad es inabarcable.

El abordaje de fondo que se ha pretendido desarrollar de la salud mental, se dirigió a la problematización teórico-analítica del sesgo introducido por la medicalización de la sociedad en el momento de acercarse a su conocimiento y comprensión, así como a los espacios de la intervención profesional concreta. Sesgo al que no escapa ninguna de las disciplinas que intervienen en el área, pero en el que indudablemente mantiene su hegemonía la disciplina médica.

El ejercicio teórico-intelectual que se ha presentado a las/os lectoras/es significó un esfuerzo propio, tendiendo a la autodesmistificación de una subjetividad medicalizada, propia de la dialéctica presente en el proceso de interiorización analizado por Sartre.

Plantear el estudio de la salud mental, a través del análisis ontológico-existencialista del ser social, permitió un proceso de aproximación a la comprensión de una realidad que trasciende el saber médico e implica posicionarse desde diversas aristas que hacen a su complejidad. En la mediación de las categorías sociabilidad y trabajo, se cree, se logró visualizar otras líneas de abordaje a la atención de la problemática concreta del padecimiento de “alteraciones” a los parámetros de normalidad de la sociabilidad capitalista.

En particular, a través del estudio del proceso de sociabilidad, en un movimiento que tendió a la retotalización, se logró reconocer algunas de las contradicciones presentes en él, fundamentalmente en el contexto contemporáneo. Esto permitió un tratamiento aproximativo a la complejidad del tema, dando luz a la opacidad de la linealidad explicativa que desde una perspectiva biologicista se le da

a las diversas situaciones reconocidas como “alteraciones” a las condiciones de existencia esperadas por esta.

A través de la categoría trabajo, en el abordaje ontológico y la identificación de su devenir en el contexto contemporáneo, se evidenció un proceso de “expropiación” de las capacidades de creación y superación concreta de las condiciones de existencia de los sujetos. Sin embargo, por otra parte, conceptualizado como praxis social, como actividad transformadora esencialmente en su contenido teleológico, se destaca la posibilidad real de construcción de otras formas de abordaje de la salud mental, recuperando esa cualidad ontológica del trabajo contenida en el ser, pero negada por la propia interiorización de una sociabilidad que se presenta como freno y amarramiento del ser.

De alguna forma, esta pretensión de contribuir a la construcción de otra concepción, otra forma de conceptualizar la salud mental e intervenir en ella en particular, pero inevitablemente en todo el campo de la salud, permite emprender un proceso en el que necesariamente se tienda a develar el arraigado constructo de un imaginario social de la propia medicina y su saber “inapelable”. Foucault desarrolla sin privaciones analíticas parte de este proceso:

... una de las capacidades de la medicina es la de matar. La medicina mata, siempre mató, y de ello siempre se ha tenido conciencia. Lo importante es que hasta tiempos recientes los efectos negativos de la medicina quedaron inscriptos en el registro de la ignorancia médica. La medicina mataba por ignorancia del médico o porque la propia medicina era ignorante; no era una verdadera ciencia sino solo una rapsodia de conocimientos mal fundados, mal establecidos y verificados. La nocividad de la medicina se juzgaba en proporción a su no científicidad. Pero lo que surge desde comienzos del siglo XX, es el hecho de que la medicina podría ser peligrosa, no en la medida de su ignorancia (...), sino en la medida de su saber, en la medida que constituye una ciencia. (...) es lo que podría denominarse (...) la iatrogenia positiva, los efectos medicamente nocivos debido no a errores de diagnóstico ni a la ingestión accidental de esas sustancias, sino a la propia acción de la intervención médica en lo que tiene de fundamento racional. (...) el no saber ya ha dejado de ser peligroso y el peligro radica en el propio saber. El saber es peligroso, no solo por sus consecuencias inmediatas a nivel del individuo o de grupos de individuos, sino a nivel de la propia historia (...) la medicina responde a otro motivo que no es la demanda

del enfermo, (...) la medicina se impone al individuo, enfermo o no, como acto de autoridad (1974a: 5-6).

No es el fin arremeter contra la medicina, sino contribuir, junto a ella, a la transformación de un saber científico que más que actuar por y para sí lo haga en pos de la superación de las condiciones de existencia de todos los sujetos, mientras que él mismo no deja de ser una construcción humana. La disputa no se centra en dejar una hegemonía por otra en el campo de la ciencia, sino en trabajar para transformar el propio sentido del poder, superar la lógica del poder-dominación para construir un *poder de poderes*.

Tampoco se trata de agotar esfuerzos en la abstracción teórica, sino en vivenciar el proceso de problematización e intervención en la realidad, desde la conjunción superadora del par teoría-práctica. Respecto a esto hace referencia explícita Marx en su tesis n.º II sobre Feuerbach:

El problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealidad del pensamiento –aislado de la práctica–, es un problema puramente escolástico (1985: 666).

El iluminismo, a través del proyecto Moderno, abre a los individuos la posibilidad de conocerse y conocer al mundo que construyen, con ojos propios, ya no los de un intermediario divino o similar; sin embargo, a través de la instrumentalidad de la razón, reprime y niega la pasión de descubrir su propio interior, tan desconocido como la propia realidad que se le presenta a sus ojos.

Como ya se ha analizado, en este proceso, agudizado por el sistema capitalista de organización y funcionamiento de la vida, el pensar y el hacer parecen tener barreras cada vez más fuertes entre sí, a lo que no escapa la propia ciencia (un ejemplo lo es la profundización de la división contemporánea del trabajo entre trabajo intelectual y trabajo operario).

Ganar terreno a la instrumentalidad de la vida, tendiendo a re-ligar la actividad humana de creación y la posición teleológica del trabajo, parece ser una forma de avanzar en la desmistificación de una razón que no admite subjetividad. De algún

modo, es también avanzar en preguntarse ¿qué pasa con quienes se niegan a encarcelar la “razón” del sentir y el pensar, exteriorizándolos en su comportamiento? La sociabilidad contemporánea los medica, los encarcela y los esconde, a la vez que los fuerza a integrarse a un sistema social que los niega por no aceptar su propia contradicción.

Sin desconocer verdaderas dolencias expresadas por muchos de quienes las vivencian, el replanteo parecería ser hacia la dirección inversa: ¿qué vigencia tiene un sistema social que en sus propias alteraciones vulnera y desprotege como forma de mantener y reproducir su propio orden?

Como fue planteado en el cuarto capítulo de la monografía, se corre el riesgo, y en diversas ocasiones se comete el error, de diagnosticar y someter a tratamientos psicofármacos a quienes transitan por “alteraciones” producto de la propia des-sociabilidad capitalista. Se medican estados de saturación de subjetividades vulneradas por las exigencias de un sistema social que fuerza a su adaptabilidad en vez de reconocer la diferencia como parte esencial del ser.

Profundamente motivador es el poema escrito por una persona a la que le ha tocado el atributo social de “loco” según la clasificación psiquiátrica de su comportamiento:

Aquí estamos, de pie
tratando de recuperar
nuestra utopía porfiada.
En plena estupidez
sentimental
a contramano pero siempre
metiendo y metiendo
(Años Luz, 2001: 7).

Bibliografía

- Acosta, E. (2001). "Consideraciones generales sobre la historia del Servicio Social". En *Temas de Trabajo Social. Debates, desafíos y perspectivas de la profesión en la complejidad contemporánea*. Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Montevideo, pp. 89 -117.
- Antunes, R. (1995). *Adeus ao trabalho?* São Paulo, Cortez.
- (2005). *Los Sentidos del Trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- Años Luz (2001). *Taller de Escritura: Los Tremendos*. Montevideo, Trilce.
- AUDEPP (1995). "La violencia". *Serie Interrogantes* (n.º 1). Montevideo, Fin de siglo.
- Barrán, J. P. (2004). *Historia de la sensibilidad* (tomos I-II). Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- Bihl, A. (2001). "La crisis de la sociabilidad". *Revista Herramienta* (n.º 41). Buenos Aires, Ediciones Herramienta, pp. 53-69.
- Boudon, R. y Bourricaud, F. (1990). "Socialización". *Diccionario Crítico de Sociología*. Buenos Aires, Edicial.
- Castel, R. (1980). *El orden psiquiátrico. La edad de oro del alienismo*. Madrid, Ediciones de la Piqueta.
- Comité de Naciones Unidas para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer (2002). *Observaciones sobre informes periódicos segundo y tercero combinados de Uruguay*. CEDAW.
- Comité de Salud Mental de la OMS (2003). *Informe sobre la Salud Mental en el Mundo* [en línea]. Consultado el 16 de enero de 2007 en <<http://www.disaster-info.net/desplazados/informes/ops/planopant2003/planop01concepto.htm>>.
- Delacroix, H. (1951). *Psicología del Arte*. Buenos Aires, El Ateneo.

- Fernández, B. (2003). "Apuntes sobre vulnerabilidad social y salud mental. Un desafío disciplinario". *Revista Regional de Trabajo Social*. Año xvii (n.º 27). Montevideo, Ediciones EPPAL, pp. 3-14.
- Foucault, M. (1974). *Historia de la locura*. Méjico DF, Fondo de Cultura Económica.
- (1992). *La vida de los hombres infames: ensayos sobre desviación y dominación*. Buenos Aires: Altamira.
 - (1991). *Historia de la Sexualidad* (tomo I). Méjico DF, Siglo XXI.
- Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza.
- González, G. (2004). *Cordura vs. Locura. ¿¿Quién dice que estoy loco??* Monografía de grado, Licenciatura en Trabajo Social, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Montevideo.
- Habermas, J. (1993). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Taurus/Santillana.
- Hegel, G. (1968). *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires, Solar/Hachette.
- Instituto Nacional de Estadísticas (2004). *Consumo de Medicamentos per cápita en Uruguay* [en línea]. Consultado el 2 de febrero de 2007 en http://www.asilfa.cl/admin/doc_estadisticas/medpercap.jpg.
- Jameson, F. (1992). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Buenos Aires, Paidós/SAICF.
- II Jornadas Científicas (2002). *El cuerpo en Psicoanálisis Diálogos con la Biología y la Cultura*. 2.º Congreso de Psicoanálisis, Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Montevideo.
- Leopold, L. (2005). "El trabajo: producción y consumo de las relaciones" (cap. 9). En *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*. Buenos Aires, Paidós/SAICF.

- Lyotard, J. F. (1989). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid, Cátedra.
- (2004). *Ontología del ser social. El trabajo*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta.
- Martínez, B. (2005). "Las nuevas formas de organización del trabajo: obstáculo para la construcción de una identidad" (cap. 2). En *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*. Buenos Aires, Paidós/SAICF.
- Marx, K. y Engels, F. (1985). *Ideología Alemana*. Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos.
- (1987). "El proceso de producción del capital". *El capital* (libro primero) (tomo I) (vol. I.), Méjico DF, Siglo XXI.
 - (s/f). "Algunos aspectos del análisis de la praxis y de las relaciones sociales" (fragmentos varios). Servicio de documentación en Ciencias Sociales. Montevideo, Fundación Cultura Universitaria.
- Méda, D. (1998). *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*. Barcelona, Gedisa.
- Merklen, D. (1999). "Más allá de la pobreza, cuando los olvidados se organizan. Las organizaciones locales como capital frente a los problemas de integración en barrios marginales". Forum Culture et Développement de la XI Asamblea anual de gobernadores del BID. f/d Mimeo.
- Mitjavila, M. (1992). "Espacio político y espacio técnico: las funciones de la medicalización". *Cuadernos del CLAEH*. Año 17, n° 62. Montevideo, pp. 37-46.
- Murillo, S. (1996). *El discurso Foucaultiano: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Editorial Oficina de Publicaciones del CBC.
- Netto, C. (s/f). "Redes sociales, Salud y Participación. Un análisis Crítico". En *La salud de todos: desde el proyecto a la acción*. IMM, Programa URB-AL, Instituto del Hombre. Montevideo, pp. 17-26.

- Netto, J. P. (29 de agosto de 1996). "Posmodernismo y Teoría Social". Conferencia dictada como docente de la Maestría en Trabajo Social. ADASU, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Montevideo, Mimeo.
- Neves, L. (org.) (2005). "A nova pedagogia da hegemonia: Estratégias da Burguesia Brasileira para Educar o Consenso na Atualidade". Pesquisa do Coletivo de Estudos de Política Educacional da Universidade Federal Fluminense. Rio de Janeiro, Mimeo.
- Novo, L. (2005). "El lugar social del trabajo. El papel del mecanismo empleo-desempleo en el capitalismo mundial integrado" (cap. 4). En *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*. Buenos Aires, Paidós/SAICF.
- Rebellato, J. L. y Giménez, L. (1997). *Ética de la Autonomía. Desde la práctica de la Psicología con las Comunidades*. Montevideo, Roca Viva.
- (2000). *Ética de la Liberación*. Montevideo, Editorial Nordan-Comunidad. Saffioti, H. (2001). "Subjetividad". *Revista Herramienta*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta, pp. 111-129.
- Sánchez Vázquez, A. (1980). *Filosofía de la praxis*. Barcelona, Grijalbo.
- Sartre, J. P. (1970). *Crítica de La Razón Dialéctica* (tomo I). Buenos Aires, Losada.
- Sierra, H. (1998, 27 de setiembre). "Salud Mental y Fin de Siglo". Conferencia dictada en la ciudad de Rafaela [en línea]. Consultado el 29 de mayo de 2006 en <<http://www.monografias.com/trabajos/smenfins.shtml>>.
- Villar, H. (1992). "Concepto de Salud-enfermedad". Curso de posgrado, Facultad de Odontología, Universidad de la República. Montevideo, Mimeo.
- Vincent, J. M. (2001). "Flexibilidad del trabajo y plasticidad humana". *Revista Herramienta*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta, pp. 65-74.